

La Ilustración Artística

Año XXXIII

BARCELONA 27 DE JULIO DE 1914

Núm. 1.700

PARÍS. - SALÓN DE LA SOCIEDAD DE LOS ARTISTAS FRANCESES. 1914



ROSAS DE JUNIO, cuadro de F. Toussaint

(Reproducción autorizada por el Sindicato de la Propiedad Artística.)

SUMARIO

Texto. — *La vida contemporánea*, por la condesa de Pardo Bazán. — *Historia del mal doncel*, por José A. Luengo. — *Nueva fachada de la catedral de Arezzo*. — México. *La guerra civil*. — París. *Actualidades deportivas*. — Nueva York. *Casa destruida por la explosión de una bomba*. — Víctor Said Armesto. — Dr. José M.^a Ramos Mejía. — Barcelona. *Reparto de premios en el Colegio-jardín de la Bonanova*. — *El juramento de Narva* (novela ilustrada; continuación). — *Notas de la América del Norte. Los Mill's hotels de Nueva York*. — Ginebra. *Las fiestas del Centenario*.

Grabados. — *Rosas de junio*, cuadro de F. Toussaint. — Dibujo de Mas y Fondevila, ilustración a *Historia del mal doncel*. — *Nueva fachada de la catedral de Arezzo*, obra del arquitecto Dante Viviani. — *Apoctosis de Nuestra Señora de la Consolación*; *San Esteban*, obras del escultor Casioli. — *El milagro de San Pedro*, obra del escultor Quattrini. — México. *La guerra civil* (tres fotografías). — París. *Actualidades deportivas*. — Capullo, cuadro de G. Tyrhan. — *Una sorpresa*, cuadro de Pedro Carrier-Belleuse. — Nueva York. *Casa destruida por la explosión de una bomba*. — D. Víctor Said Armesto. — Barcelona. *Reparto de premios en el Colegio-jardín de la Bonanova*. — Dr. José M.^a Ramos Mejía. — *Notas de la América del Norte. Los Mill's hotels de Nueva York* (cinco fotografías). — Ginebra. *Las fiestas del Centenario. El cortejo histérico*.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

La Virgen del Carmen es la patrona de los marineros. ¿Por qué?

El origen de las devociones, que son ramificaciones de la fe religiosa, es tan antiguo y tan hondo, y sería además tan inútil averiguarlo por seminimas, que esta especial veneración de la brava gente de mar a Nuestra Señora del Monte Carmelo, la admitimos sin examinarla. Es porque es.

La gente de mar es digna de interés por sus costumbres, ni pulidas ni cultas: sencillas, noblejotas, francas. Rara vez o nunca, veréis en la crónica de los Tribunales delito o crimen cometido por marineros.

Me he fijado en este detalle, que tanto demuestran. Ni aun el hurto (frecuente entre los mismos labriegos, que tampoco son, por lo general, mala ralea) practican los pescadores de la costa. Se ganan su vida rudamente, arriesgadamente, sin atentar a la seguridad ni a la propiedad de nadie. No son templados en el beber, pero no abundan entre ellos, más que en otras profesiones, los dipsómanos incorregibles. No sé qué tiene ese aire salitroso que respiran, ese peligro que miran incesantemente cara a cara, que les curte el alma como la piel, saneando su conciencia, y creándoles una típica manera de ser, en la cual hay mucho de noble y simpático.

* *

Pereda estudió muy bien, en sus *Escenas montañosas*, este medio ambiente honrado y castizo, y el cuadro es tan acabado, que no tiene adición ni enmienda. Poseen los marineros otra cualidad, singular para el tiempo en que vivimos: carecen de opiniones políticas. No son socialistas, no son jaimistas, no son esto ni aquello ni lo otro. Estas cosas de la política pertenecen a la tierra. Ellos son hijos del mar azul. Suceda lo que suceda, en los ámbitos terrestres, y rueda como rueda la eterna bola, ellos han de salir, antes que amanezca, «a la sardina». Y allá, en medio del Océano, ante el espacio infinito, entre el ruido ensordecedor de las olas, que amenazan tragarse a la débil embarcación, esos días en que el mar está «que come» — según la frase de los ribereños —, la única teoría de los pescadores es implorar a la Virgen del Carmen. Cuando tres lanchas fueron a estrellarse bien cerca del muelle de la Coruña, se oía a los naufragos, en el trance supremo, invocarla.

El gracioso nombre de la Virgen marinera, la que según la poética creencia de sus humildes devotos, «echa la bendición al mar», es casi tan frecuente en mujeres españolas, como el de «Pepe» en los varones. Al proponerse Merimée encarnar en una mujer el espíritu de España, la llamó *Carmen*. En el extranjero, en cambio, tal nombre no suele imponerse en la pila bautismal. Si una Reina escritora y poetisa quiere adoptar un seudónimo español, toma el de *Carmen Silva*.

* *

No es, sin embargo, en España la fiesta de las Cármenes tan sonada como otras, porque cae en plena dispersión veraniega. En Madrid, durante la

season, se festejan mucho los días de los santos: el comercio de flores es uno de los que más lo notan, pues la costumbre exige que se envíen ramos y carnastillas y hasta plantas, a las personas a quienes se felicita, y que son de intimidad y cariño. Tengo, en el parque de mi casa de campo, no pocas coníferas que proceden de esta graciosa costumbre, práctica hasta cierto punto, pues la flor se marchita y la planta no.

Como la Virgen marinera viene a dar su santa bendición en momentos en que todo el mundo anda desparramado por hoteles, fondas, playas, quintas y balnearios, generalmente, no se envía a las Cármenes ni una mala cesta de claveles. Es una fiesta que se confunde con las impresiones del veraneo, las cuales crean un aislamiento y una independencia momentánea, aflojando las relaciones que estrechó el invierno. Al cerrar las maletas para tomar el tren, casi se alegra la gente de que la olviden por algún tiempo, abriendo un paréntesis en la vida de sociedad, con sus deberes y sus fatigas.

* *

Y mientras balnearios, hoteles, playas y aldehuelas se pueblan de veraneantes que no aspiran sino al descanso, al fresco y al goce, Madrid duerme su siesta estival, al arrullo de las canciones flamencas, tristes y quejumbrosas, que en las cálidas noches de julio y agosto resuenan en las calles donde buscan un soplo de aire los que sufrieron el calor asfixiante de todo el día.

Los ruidos de Madrid, en pleno verano, no se parecen a los de invierno. No se oye tanto la estridente bocina de los automóviles, y no retumba sobre el asfalto el casco fino de los pocos troncos de lujo que van quedando ya, pues el trepidante artillugio, con su empuje de *parvenu*, arrolla a los antiguos vehículos. Ya nadie se precia de un tiro de caballos rusos, pomeranios o mecklemburgueses, sino de la *marca* tal o cual (no nombro a ninguna, no se figuren que hago propaganda).

En verano, hasta los servicios públicos se ven desatendidos en Madrid; dijérase que sucede allí lo que en esas casas donde se han ido de viaje los señores, y los criados duermen y roncan, repantigados en los sofás, con las botas sobre la seda de los sillones.

* *

Y los diestros de la torería también veranean — o en el vagón o sobre la candente arena de las plazas —. Por ahí andan recibiendo achuchones o cornadas de muerte los que a tal ejercicio se dedican. Recorren pueblos y ciudades, conociendo plazas pequeñas y grandes, públicos entendidos y otros sin mija de pesquis, vistiéndose dentro del tren, para saltar de su departamento a la hora justa de salir al ruedo, y paseando por España — errabundos —, su fama más o menos discutida, su valor siempre probado y las ansiedades de los suyos, de las mujeres que quedan en casa rezando — sean madres, hermanas, esposas, queridas, novias —, y que ponen ante la imagen de la Virgen del Carmen, y la de los Siete Dolores, y la de la Macarena, cirios y flores, para prevenir las insidias del destino que acecha y de la fatalidad que avanza silenciosa...

* *

No digamos nada malo de estos hombres, que buscan el pan, y mucho más que el pan, a su manera y con pundonor en su género. Creo haberlo escrito varias veces; los encuentro simpáticos. Lo malo es que lo obstruyen y asombran todo. Y esto no es culpa suya, no. Es de los órganos de la publicidad, que de tal suerte están a la devoción de la torería. Nadie aprueba el exceso de información taurómica, y, sin embargo, a cada paso aumenta el mal. Ha llegado a adquirir proporciones fantásticas. Es curioso que esta peste y calentura maligna se deba justamente a los adelantos de la civilización. Si no hubiese caminos de hierro, automóviles, telégrafo, prensa, ni la vigésima parte de la fiebre taurómica nos aquejaría. En los tiempos, de que tanto se murmura, de Fernando VII y el oscurantismo, no ocurría nada de esto.

La publicidad es sin duda necesaria a todo el que del público ha de vivir. Pero este linaje de publicidad ha parado en escandaloso abuso. No es tolerable que los periódicos consagren a reseñas y grafismos de tauromaquia una tercera parte de su original (descontando los anuncios) y, al cabo, ello ha de contribuir poderosamente a que los toros sean la idea fija del pueblo (y no sólo del pueblo) español.

La fiesta sube como la espuma. Crecen los precios de los asientos, crecen los sueldos de los lidiadores, y se oye decir como la cosa más natural y corriente que el *Desorejaito* o el *Morucho* piensan, en dos o tres años, juntar los dos o tres millones de pesetas que han presupuesto (¡no digo presupuestado!) para pasar el resto de su vida, si escapan con ella, en dorada ociosidad. Es decir que mientras un Galdós no ha reunido, al final de su gloriosísima carrera, un decente pasar — matando toros, mal o bien (porque, en opinión de los inteligentes, antaño era otra cosa el toreo, como la música para *don Bartolo*) se llega a la opulencia en plazo brevísimo.

Naturalmente tienen que aparecer diestros a manta de Dios, «como en sombrío matorral los hongos».

En España no faltan hígados; la profesión los requiere (dicen los gruñones de la afición que no requiere actualmente nada más) y a cada momento se revelan *colosos, estrellas, pasmos, fenómenos y monstruos* del arte.

* *

Soy tan parca en esta diversión, que no había visto a Belmonte ni tenía idea de sus méritos; al cabo, dos días hace, pude juzgar al trianero (¿me equivoco? ¿Es de Triana el niño?). A fuerza de oír elogios y de que un nombre suene, acaba por inspirar curiosidad; de la curiosidad nace el interés; del interés el afán — y, a veces, el desencanto. Vi al *Fenómeno* por antonomasia. Pregunté a varios entendidos el quid del epíteto, y me dijeron que el mozo era desconocido hace dos años, y ahora, el rey de los ruidos. No me satisfizo por completo la explicación; en tal caso, lo que debieran llamar a Belmonte era como los horticultores a las hortalizas que madrugan: tempranas, precoces, *hâtives*, como dicen los franceses, que entienden mucho del cultivo de la tierra y de sus productos.

* *

Creo haber encontrado otra razón para un sobrenombre, en el fondo, tan halagüeño. No es que Belmonte haya hecho la carrera corta: es, a mi ver, que la hizo de un modo original, temperamental. No sé si torea con las reglas clásicas y, en mis cortísimas luces taurinas, sospecho que no; pero hace cosas raras y nuevas, pasionales y hasta dramáticas; es impresionista; cultiva el *Grand guignol* del toreo. Además, ante la fiera, es otra fiera. En su cara ce-trina, de irregulares facciones, brilla la dentadura, descubierta por un *victus* entre heroico y sanguinario. Una rabia profunda estremece su torso, ágil y mal construido, y sus ojos morunos relucen, y su nariz se dilata, en el estremecimiento del combate. Es una lid cuerpo a cuerpo: el mozo se ciega, y tiene en un hilo la vida. Se mete dentro del bruto, por decirlo así; le reta incrustado en las astas; valsa delante de él; no se aparta de él un negro de uña; le hace mil diabluras rápidas; en fin, le hinca la espada hasta el puño, y con goce violento le ve desplomarse. Y si la estocada falla, si no acierta la primera vez, cruje los dientes, palido de furor, cerrando los puños...

* *

Debe de ser esto lo fenomenal de Belmonte. No ejerce una profesión, al parecer; satisface una pasión, entregándose a ella en cuerpo y alma, con los nervios, el corazón y la sangre. Y esto ya es algo. Esto es como las danzas de la *Imperio*, un espectáculo atávico, de edades ya olvidadas, perdidas en la nebulosa de los tiempos — y, en tal sentido, merece que un artista lo contemple con fruición estética.

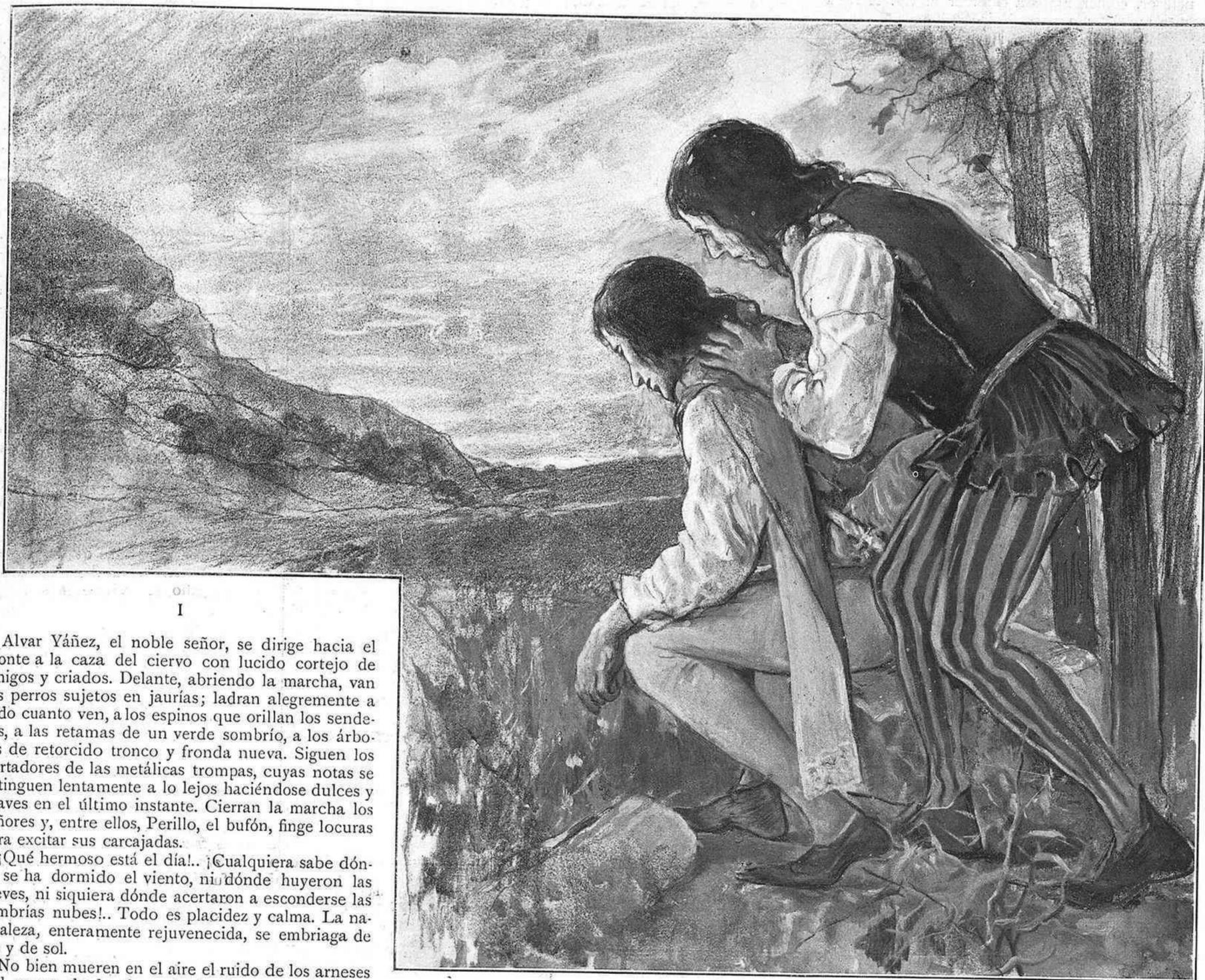
Lo fenomenal de Belmonte se llama... *El Instinto*. Palabra que no está en olor de santidad, pero que acaso sea el resorte del arte, del sentimiento, de la vida misma. No mezclemos en tal asunto a la inteligencia. Instinto, y nada más. Y es bastante.

Ahora me hago cargo de que también yo estoy hablando de toros... Pero sin tecnicismo, señores. Y por excepción y para atajar, si fuese posible, esta vesania nacional.

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.

La Sal Natural de Sprudel
de
Carlsbad
es la única legítima Sal de

HISTORIA DEL MAL DONCEL, POR JOSÉ A. LUENGO, dibujo de Mas y Fondevila



I

Alvar Yáñez, el noble señor, se dirige hacia el monte a la caza del ciervo con lucido cortejo de amigos y criados. Delante, abriendo la marcha, van los perros sujetos en jaurías; ladran alegremente a todo cuanto ven, a los espinos que orillan los senderos, a las retamas de un verde sombrío, a los árboles de retorcido tronco y fronda nueva. Siguen los portadores de las metálicas trompas, cuyas notas se extinguen lentamente a lo lejos haciéndose dulces y suaves en el último instante. Cierran la marcha los señores y, entre ellos, Perillo, el bufón, finge locuras para excitar sus carcajadas.

¡Qué hermoso está el día!.. ¡Cualquiera sabe dónde se ha dormido el viento, ni dónde huyeron las nieves, ni siquiera dónde acertaron a esconderse las sombrías nubes!.. Todo es placidez y calma. La naturaleza, enteramente rejuvenecida, se embriaga de luz y de sol.

No bien mueren en el aire el ruido de los arneses y el rumor de la alegre turba, la esposa de Alvar Yáñez, dejando de agitar el pañizuelo, se vuelve y se aproxima a un doncel de rostro y apostura gentiles. Es barbilampiño y sus sedosos cabellos recuerdan por su entonación las candelicas que adornan los oteros.

Ella le sonríe de un modo encantador, conversa con él en voz baja y mimosa, y se conduce como si todo su cuerpo, lleno de hechizos, fuese una red de cazar incautos. El gallardo mancebo se pone pálido, una mueca desflora sus labios y una arruga hiende su frente.

— ¡Mira, le dice la dama al cabo, mira que ser hoy!..

Y él le contesta con trémulo acento:

— ¡Hoy será!..

En seguida se encamina hacia el monte. Va a pie, con la daga al cinto y con un fuerte venablo en la mano. El estrecho caminillo se extiende culebreando como una cinta blanca en medio del verdor intenso de los campos; los jilgueros cantan escondidos entre los zarzales y las alondras vuelan rozando con sus plumas las muelles aristas de las enanas hierbuzuelas.

¡Qué hermoso sigue el día!..

II

Pasada la hora del yantar, Alvar Yáñez y sus amigos, erguidos todos sobre sus piafantes corceles, están parados en un verde pradecillo que hacen unas robustas encinas. Esperan con impaciencia que los ojeadores echen hacia ellos alguna pieza. La mañana se ha presentado regular. Tendidos en el fresco césped vense tres ciervos y un corzo sobre los cuales unos ceñudos monteros se sientan para custodiarlos. De pronto, roto el eglógico silencio montesino, los ecos retumban con el estruendo de las

trompas y con el vocear de los ojeadores. Los corceles se encabritan y golpean el suelo con sus corceos cascos; los cazadores guardan su charla para mejor ocasión y escuchan anhelantes... Las trompas suenan cada vez más cercanas; ya deben coronar la cima del Aguilucho; ya deben bordear la pavorosa barranada del Diablo; ya deben estar entre los viejos pinos del lado acá del río... Al fin, mientras la maleza cruje frente a ellos, oyen gritar:

— ¡Al ciervo!.. ¡Hacia Losafría!.. ¡Al ciervo!..

Los caballeros salen como disparados. ¿Obstáculos?.. No los hay. Los peñascos se rodean, los arroyos se saltan, los chaparros se quiebran y las jaras se tronchan. Al salvar una sima divisan al ciervo. ¡Qué gallardo animal!.. ¡Qué lucida ramazón de cuernos adorna su cabeza!.. Después de un rato de acoso logran ponerse a su alcance. Entonces aprestan los venablos y los lanzan; pero cuando van a precipitarse sobre la herida bestezuela, detienen todos repentinamente y se vuelven hacia Alvar Yáñez que, cayéndose del corcel, acaba de gritar con voz doliente:

— ¡Muerto soy!..

Descabalgan llenos de emoción. Un rudo y fuerte venablo, pasándole el pecho, asoma por la espalda su acerada punta. ¡El pobre señor está bien muerto! Sus ojos abiertos se clavan en el sol sin parpadear y una poca espuma sanguinolenta humedece sus contraídos labios.

¿Quién es el mandrín cazador que tan torpemente disparara? Todos se hacen esta pregunta y cada cual sospecha del que tiene al lado...

Aun ladran del canes a lo lejos. Y un águila caudal, empapada de luz en lo más alto del cielo, desciende lentamente sin mover las alas extendidas...

Y sin que me diera tiempo a contenerlo, arrojóse al fondo del pozo

III

Quando, al anochecer, llega al castillo la hueste llevando en unas parihuelas de ramaje el cadáver de Alvar Yáñez, no hay quien no se conmueva al ver los extremos de dolor de la hermosa castellana. Sus manos, como lirios, velan el rostro donde se dieron cita todas las rosas de la primavera; su pecho hace por estallar las cintas del rico corpiño; sus ojos lloran y semejan con las lágrimas dos fantásticas flores negras aljofaradas por el rocío, y hasta sus cabellos corvinos caen ondulantes y tenebrosos sobre sus hombros.

Perillo, el bufón, se presenta al cabo de esta dolorosa escena. Su cara no es de risas ni de burlas. Está trémulo y convulso, desordenado el pelo, descolorida la faz e inquieto y como espantadizo el mirar de sus ojos.

— ¡Cuánto sientes a tu señor!.., le dice uno de los presentes.

Y él contesta con bronca voz que temblequea y tropieza en cada sílaba:

— ¡Más, mucho más lo sintió otro!..

— ¿Quién?, preguntan.

— ¡Nuño!

La señora palidece, porque tal es el nombre del doncel. Y el bufón, clavando en ella sus miradas tenebrosas, prosigue:

— Después del lamentable trance de la muerte de mi señor, yo, no pudiendo soportar su vista, determiné venir solo al castillo por vericuetos extraviados. Al llegar a la fuente de las Animas topéme con Nuño sentado en una piedra. Tan embebido estaba que no me vió sino cuando le puse una mano sobre el hombro. Él dió un brinco y, al conocerme, quiso

hablar y la voz se le anudó en la garganta. «¿Sabes la desgracia?, le dije. — La sé, pudo contestarme.» Y silenciosos, comenzamos a caminar juntos. A cada instante me detenía para decirme: «¡Calla!..» Y se ponía a escuchar. Si entonces crujía una hoja o volaba un pajarillo, él se llenaba de sobresalto. De pronto exclamó: «¿Oyes?.. ¡El señor me llama!..» El monte estaba en completa calma. Pero, con todo, Nuño se tapaba los oídos y gritaba: «¡Escondámonos! ¡Todavía lo siento!..» Y hube de acompañarlo a una covacha, donde estuvimos hasta que se le pasó el espanto. Luego, sin causa alguna, me habló de las mujeres y me dijo que sus cabellos son cadenas que arrastran al mal, sus manos incitación al crimen, redes sus sonrisas y hechizos los besos de su boca. «Yo me enamoré de una, continuó, y ésta es la causa de mi perdición. Por darle gusto...» Y al llegar a este punto, tornó a gritarme: «¿Oyes?.. ¡Ya me llama, ya me llama otra vez!» Y principió a buscar dónde ocultarnos. Estábamos en campo raso y no había por allí sitio a propósito para escondrijos. Él vagaba de uno a otro lado, sombrío, con las pupilas vidriosas, con la cara como pergamino viejo, con los cabellos de punta y con el cuerpo acometido de un temblor convulsivo. Y no dejaba de clamar: «¡Perdón, señor, perdón!..» Yo le iba a los alcances casi casi tan atemorizado como él, y en nuestras idas y venidas dimos con un pozo. Al verlo pareció que se serenaba su rostro. «Escucha, me dijo, ¿tú irás al castillo? — Sí, le contesté. — Entonces, añadió, di a la señora que hoy tenía que ser y hoy fué. — Y tú, ¿no irás al castillo?» Hizo un gesto ambiguo mitad risa y mitad llanto, mitad placer y mitad angustia, y repuso: «¿Yo?.. Yo voy a esconderme aquí.» Y sin que me diera tiempo a contenerlo, arrojóse al fondo del pozo...

Al terminar Perillo su relato, la señora lanza un grito estridente y cae desplomada al suelo...

El sol se hunde tras los montes entre una cohorte de nubecillas sangrientas; los murciélagos, con su volar tortuoso, pretenden trazar en el aire signos cabalísticos y una agorera corneja canta fatídica en la robusta torre del homenaje...

IV

Y nadie sabe más del bufón desaparecido misteriosamente del castillo en aquella misma noche.

Unos dicen que cierta mano femenina armada de un buido puñal supo hallar el camino de su corazón. Otros aseguran que fué visto por las aldehuelas, muertos para siempre sus donaires, diciendo, porque le diesen de yantar, un romance por él compuesto.

Y añaden que el romance se llamaba «Historia del mal doncel».

chada de la catedral de Arezzo (Italia), acto al que se quiere revestir de gran solemnidad, puesto que a él asistirán un príncipe de la Casa real, el ministro de Instrucción Pública y varios celebrados artistas.

Esta fachada es obra del arquitecto Dante Viviani y por su estilo armoniza perfectamente con el resto de la fábrica, que data del siglo XIII.

Sobre las tres puertas de la misma hay otros tantos relieves que representan: la apoteosis de Nuestra Señora de la Consolación, San Esteban y el milagro de San Pedro; los dos primeros debidos al notable escultor Cassioli, de Florencia, y el tercero al no menos notable escultor Quatrini, de Roma. Los tres son hermosas obras de arte que acreditan el talento de sus autores y justifican la nominación que éstos han alcanzado en Italia.

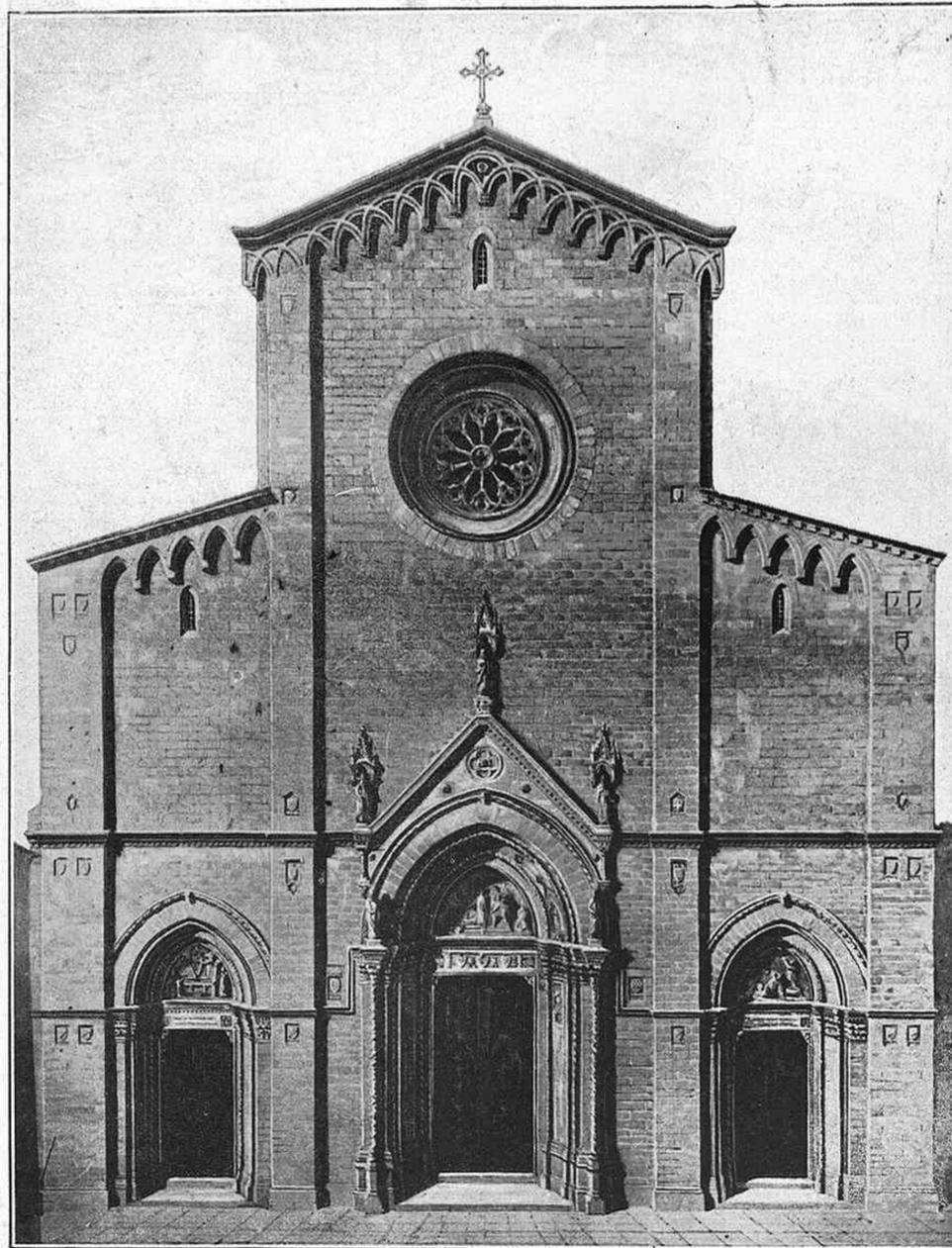
Todos los que han contribuido a la construcción de esta fachada han dado pruebas de un gran desinterés: los artistas han cobrado emolumentos muy módicos; los obreros se han contentado con muy modestos jornales, y los aldeanos han acarreado gratuitamente la arena y las piedras necesarias. Gracias al desprendimiento de todos, el coste de la obra ha sido solamente de poco más de 200.000 liras.

La catedral de Arezzo, que con la construcción de esta fachada ha quedado terminada enteramente, se levanta en una colina, en cuya vertiente está situada la ciudad, y contiene muchas y muy valiosas joyas artísticas. Las pinturas de la bóveda de la nave central fueron ejecutadas a principios del siglo XVI por el florentino Nofelli y por el dominico francés Guillermo de Marsella, de quien son también varios ventanales de gran mérito artístico. Muy dignos son

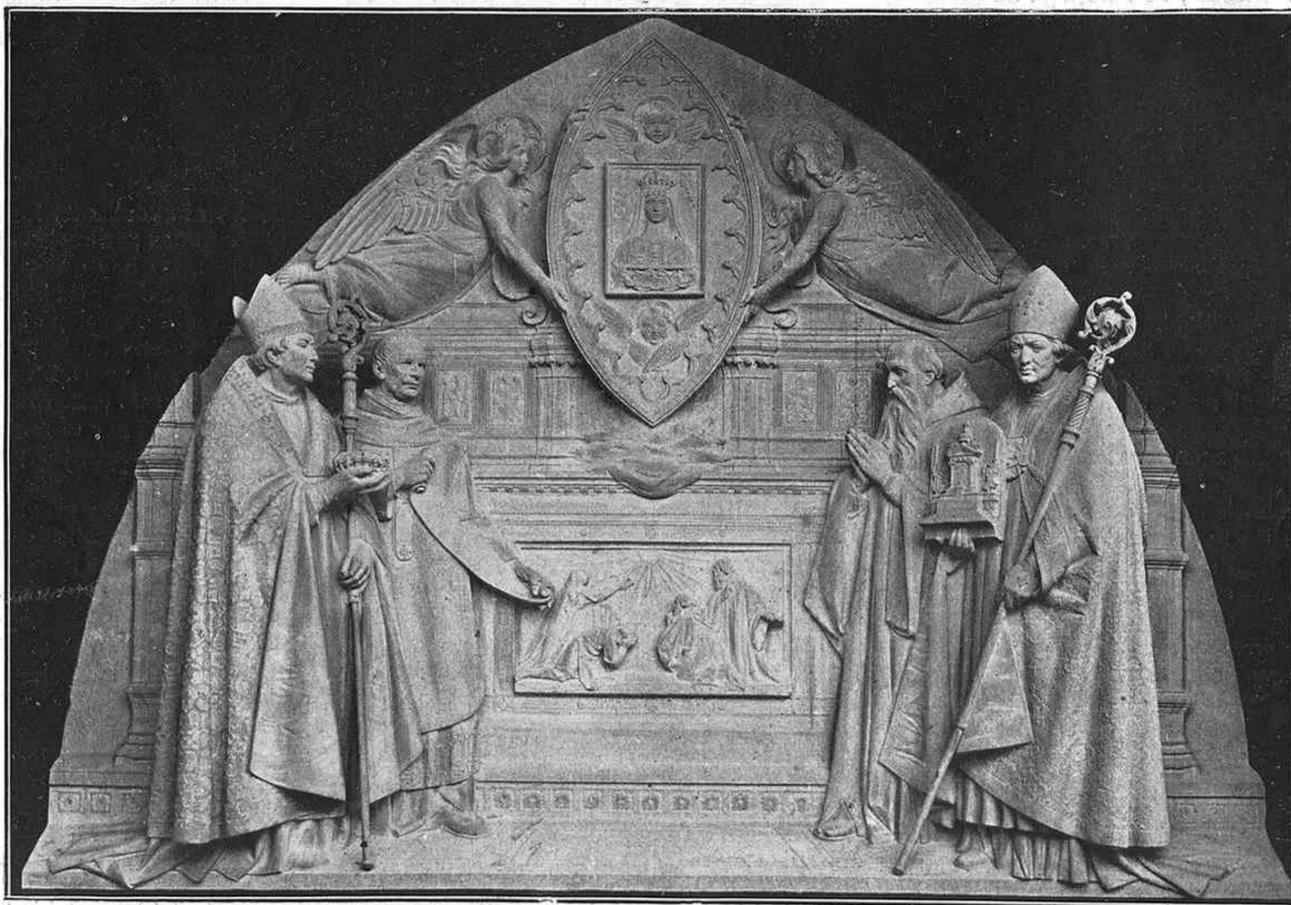
además de atención un *Cristo en la cruz*, de Spinello; una *Magdalena*, de Pedro della Francesca; las pinturas de la capilla de San Mateo, por Franciabigio; un *Martirio de San Donato*, pintado por Benvenuti de Arezzo; y las estatuas y los relieves que adornan el altar mayor y que son obra de Juan de Pisa.

Son muy notables asimismo los dos sepulcros de Gregorio X y del obispo Guido Tarlati; el primero se distingue por la sencillez del conjunto y el buen gusto de los ropajes, y el segundo es considerado como una de las obras más notables del Renacimiento. Este último es debido a Agnolo y Agustín de Siena, quienes, en dieciséis compartimientos, representaron los

principales episodios de la vida del prelado, desplegando en la ejecución un sentimiento de la realidad y una elegancia extraordinarios.



Nueva fachada de la catedral de Arezzo, obra del arquitecto Dante Viviani que ha de inaugurarse próximamente. (De fotografía de Natale Lucci, de Arezzo.)



Apoteosis de Nuestra Señora de la Consolación, relieve que está colocado sobre una de las puertas de la nueva fachada de la catedral de Arezzo, obra del escultor Cassioli, de Florencia. (De fotografía de Natale Lucci, de Arezzo.)

NUEVA FACHADA DE LA CATEDRAL DE AREZZO. Uno de estos días ha de inaugurarse la nueva fa-



SAN ESTEBAN, obra del escultor Cassioli, de Florencia



EL MILAGRO DE SAN PEDRO, obra del escultor Quattrini, de Roma. (De fotografías de Natale Lucci, de Arezzo.)

MÉXICO. - LA GUERRA CIVIL. (De fotografías remitidas por Carlos Trampus.)

Al fin el presidente Huerta se decidió a presentar la dimisión tantas veces ofrecida. En efecto, el día 15 de este mes dirigió un mensaje al Congreso mexicano dimitiendo la presidencia y las haciendas de los partidarios del general Huerta; pero el general Carranza no se muestra inclinado a esta solución, sino que exige la rendición incondicional de los federales y ha declarado que esta rendición sin condiciones es la única base de las negociaciones que habrán de entablarse para preparar la entrada de los constitucionalistas en México, añadiendo que si los federales no capitulan, ordenará la marcha de sus tropas sobre la capital. A este efecto está haciendo los preparativos necesarios y la salida del general González de Saltillo en dirección al Sur es muy significativa.



Soldados norteamericanos en las trincheras de El Tejar, en las inmediaciones de Veracruz

de la República y recordando los esfuerzos que había hecho para lograr el restablecimiento de la paz. Explica en ese documento las dificultades con que ha tenido que luchar a causa de la penuria del tesoro y de la protección manifiesta dispensada a los insurrectos por una gran potencia americana, protección que vino a parar en el acto de violencia realizado por la escuadra norteamericana en el puerto de Veracruz en el momento en que la revolución parecía más quebrantada.

Inmediatamente después de enviado su mensaje el general Huerta partió de la capital, acompañado de su fiel lugarteniente, el general Blanquet, y dos días después embarcóse con su familia en Puerto México en el crucero *Dresden*, puesto a su disposición por el Gobierno alemán.

El mensaje fué leído en el Congreso por el ministro de Negocios Extranjeros Sr. Carbajal y acogido con grandes gritos de «Viva Huerta!» por los diputados y por el público de las tribunas. El Congreso, no obstante, aceptó la dimisión de Huerta por 127 votos contra 17 y acto seguido prestó juramento, como nuevo presidente, el Sr. Carbajal, a quien la población tributó una ovación entusiasta.

Dícese que el Sr. Carbajal ha informado oficialmente a los Estados Unidos de que se propone dimitir su cargo en favor del general Carranza cuando se hayan tomado todas las disposiciones necesarias para la entrada de éste en México, y que el Gobierno de Washington ha contestado que si bien no reconoce al nuevo presidente se siente muy bien dispuesto respecto a él y aplaude sus esfuerzos para restablecer la paz.

Uno de los primeros actos del Sr. Carbajal ha sido poner en libertad a los diputados made-

ristas que estaban todavía encarcelados y a los demás presos políticos. En opinión de algunos diplomáticos, el Sr. Carbajal desea que se conceda una amnistía general que garantice las vidas

Los federales han evacuado, según dicen, Aguas Calientes y Guadalajara concentrándose en Celaya, desde donde son transportados a la capital. Asimismo han evacuado San Luis de Potosí, Guaymas y Guernavaca.

El general Carranza ha declarado también que no reconocerá las deudas contraídas por el gobierno del general Huerta, pero ésta es una cuestión en la cual no se han ocupado todavía ni los Estados Unidos ni los diplomáticos extranjeros, los cuales esperan para abordarla a que haya en México un gobierno definitivo y a que éste haya dado a conocer oficialmente sus intenciones sobre el particular.

Según noticias de Washington, el presidente Wilson no reconocerá ningún gobierno en México que no haya sido nombrado regularmente, y esto aun después de que se hayan arreglado todas las reclamaciones relativas a la revolución; y las tropas americanas no evacuarán Veracruz hasta que estén zan-

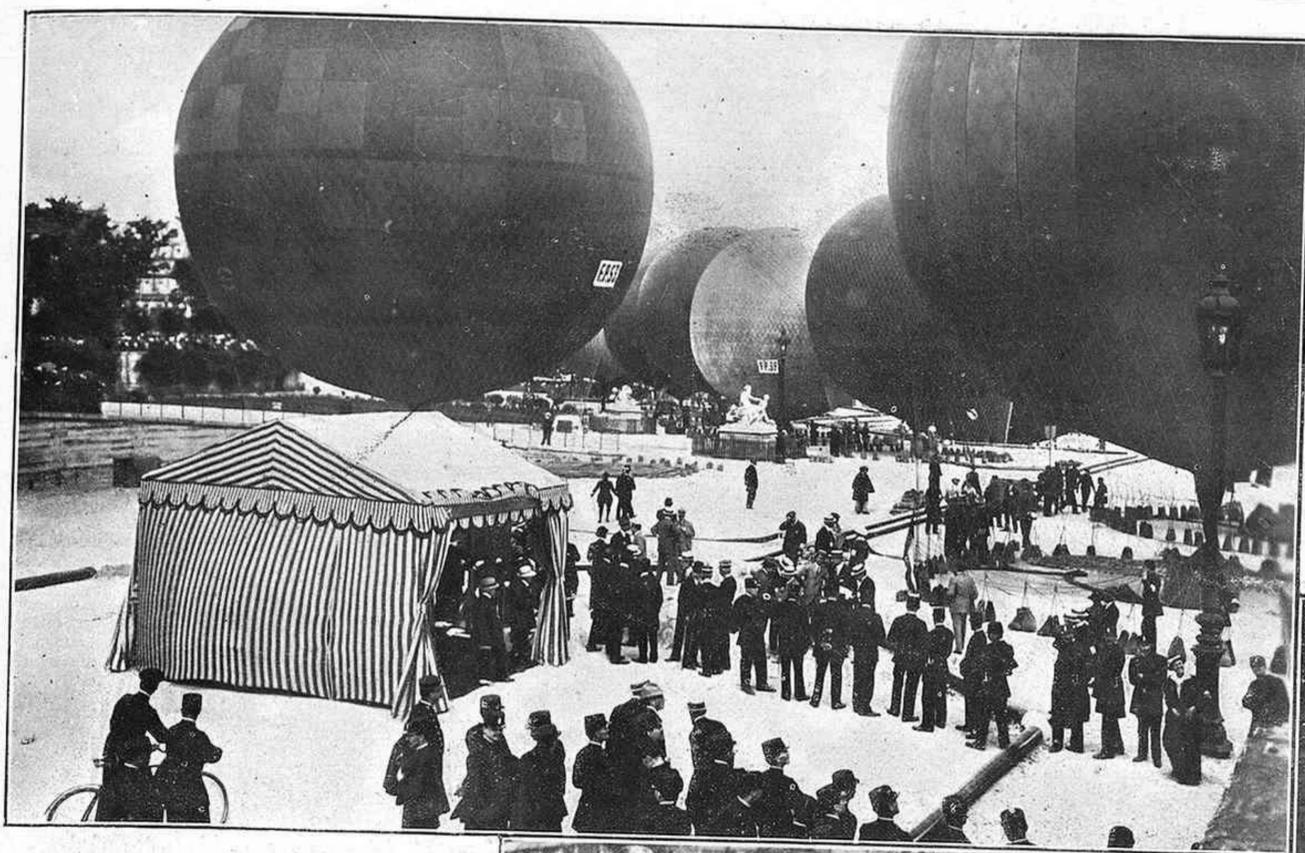


Tiradores mexicanos en las trincheras de El Jolo

jadas todas las dificultades y reine la normalidad en México, cosa que parece por ahora bastante remota, pues ya se dice que el general Orozco con 14.000 hombres ha comenzado un movimiento revolucionario contra el nuevo gobierno y que el general Villa se propone obrar por su cuenta fundando una república en los Estados de Chihuahua y Sonora y proclamándose dictador.



Campamento de los norteamericanos en las inmediaciones de Veracruz. En el fondo, la bahía con los buques de guerra yanquis



París. El gran premio del Aero Club de Francia. - Vista general momentos antes de la salida de los globos. (Fot. de Branger.)

PARÍS. - ACTUALIDADES DEPORTIVAS

El gran premio del Aero Club de Francia. - El día 19 de este mes celebróse en las Tullerías el concurso de globos aerostáticos esféricos para disputarse el décimo gran premio del Aero Club de Francia.

Los jardines de aquel hermoso sitio ofrecían brillantísimo aspecto, llenos como se hallaban de distinguida concurrencia en la que predominaban las damas elegantemente ataviadas.

Mientras se hacían los últimos preparativos, el Sr. Deutsch de la Meurthe, en nombre del Aero Club de Francia, hizo entrega al Sr. Berteaux, que ostentaba la representación del subsecretario de Bellas Artes, de una lápida conmemorativa de la primera ascensión en globo lleno de gas efectuada el día 1.º de diciembre de 1783 por Charles y Robert, que perfeccionaron el invento de Montgolfier, inventando a su vez la tela barnizada, la red, la válvula, el lastre y el áncora.

El Sr. Berteaux, en elocuentes frases, dió las gracias al Aero Club, y terminados los discursos, la Federación Colombófila del Sena hizo una suelta de 5.000 palomas mensajeras.

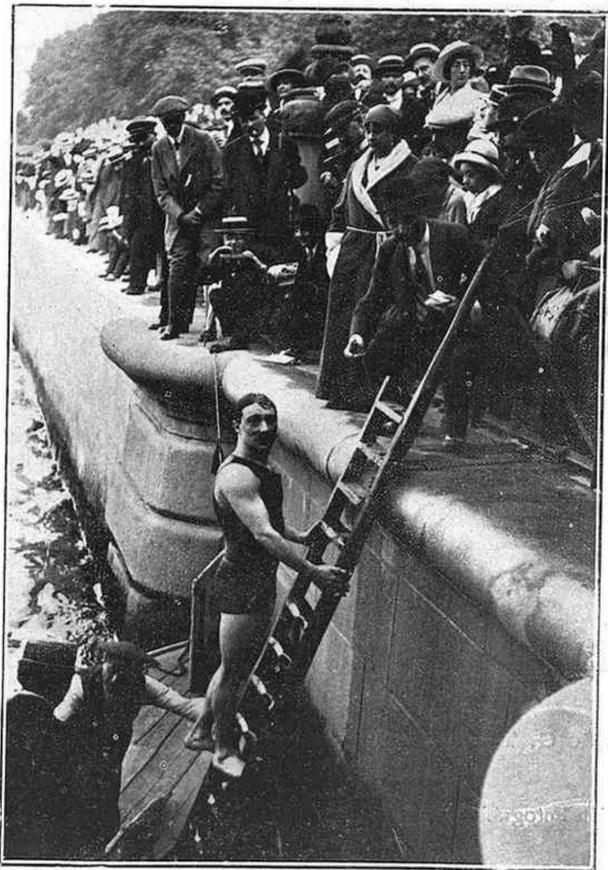
Después fueron elevándose los veintitrés globos que tomaron parte en el concurso por el orden siguiente: *Chimère* (1.200 metros cúbicos), piloto Perette, francés; *Fides IV* (1.600 m. c.), piloto Casella, italiano; *Le Sagittaire* (1.600 m. c.), piloto Rumpelmayr, francés; *Stella IV* (1.600 m. c.), piloto señora Goldschmidt, francesa; *Leipzig* (1.600 m. c.), piloto Apfel, alemán; *Belgica II* (1.600 m. c.), piloto Demuyter, belga; *Madeleine* (1.200 m. c.), piloto Laurenceau, francés; *Tapir* (1.600 m. c.), piloto Schneider, francés; *Selenite* (1.200 m. c.), piloto Destreicher, francés; *Toto* (1.500 m. c.), piloto Blanchet, francés; *La Touraine* (1.600 m. c.), piloto Dubois, francés; *Charles Reuard* (1.600 m. c.),

piloto Cruciere, francés; *Barmen* (1.600 m. c.), piloto Dr. Henoch, alemán; *Vonna* (1.600 m. c.), piloto Dubonnet, francés; *Breslau* (1.680 m. c.), piloto doctor Halben, alemán; *Tanit* (1.600 m. c.), piloto Seratzky, francés; *Commandant Felix* (1.200 m. c.), piloto Payret, francés; *Aeronautique Club* (1.500 m. c.), piloto Cormier, francés; *Reine Elisabeth* (1.600 m. c.), piloto Gerard, belga; *Etoile Filante* (1.200 m. c.), piloto Srta. Marvingt, francesa; *Arc-en-Ciel* (900 m. c.), piloto Lefebvre, francés; *Globe-Volant* (1.200 m. c.), piloto Dolfus, francés, y *Emulation du Nord* (1.600 m. c.), piloto Salmón, francés.

El globo *Toto*, piloto Se hallaba a 60 metros de altura, comenzó a descender y habiendo tropezado con unos árboles, rompieronse las cuerdas que sostenían la barquilla, cayendo ésta al suelo desde una



El Sr. Deutsch de la Meurthe haciendo entrega al representante del Subsecretario de Bellas Artes de una lápida conmemorativa de la primera ascensión en un aerostato lleno de gas efectuada por Charles y Robert en 1.º de diciembre de 1783. (Fotografía de Rol.)



París. La travesía del Sena a nado. - El vencedor Hermant a su llegada a la meta. - Miss Vera Neave, vencedora en la categoría de señoras. (De fotografías de M. Rol.)



altura de quince metros, mientras el aerostato se elevaba en los aires, desgarrándose al poco tiempo. Los dos aeronautas, el piloto Blanchet y el pasajero Duval, resultaron heridos, el primero levemente y gravemente el segundo, que fué inmediatamente transportado al hospital Beaujón.

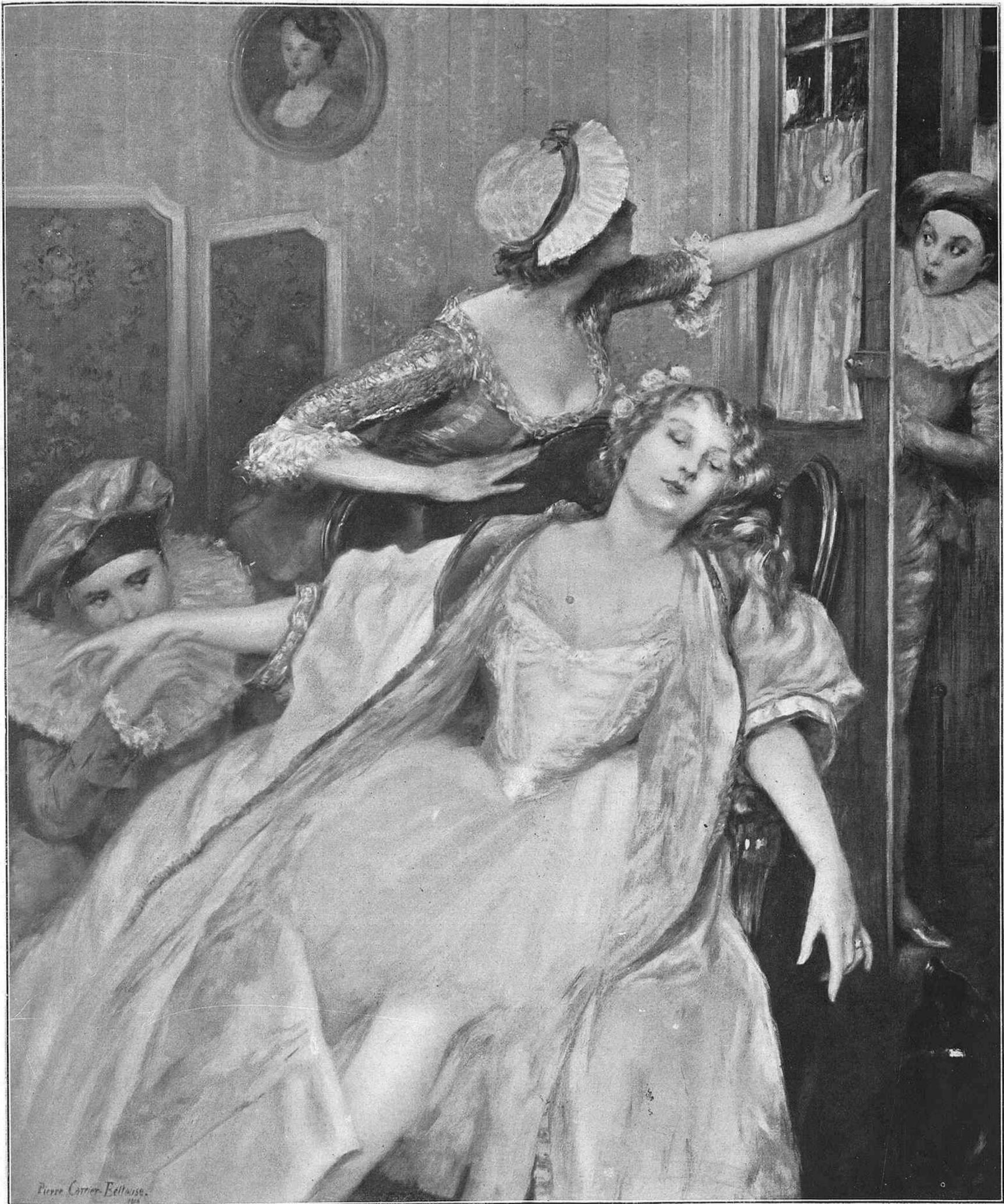
La travesía de París a nado. - El mismo día que la fiesta de aerostación que dejamos reseñada, celebróse la de natación organizada por la Sociedad Nacional del Fomento de la Natación.

La prueba de este año consistía en recorrer a nado el Sena en el trecho comprendido entre el puente de Ivry y el de Alejandro III, o sea una distancia de siete kilómetros, y en ella tomaron parte cinco nadadoras y diecinueve nadadores. La clasificación final fué: Hermant, en 1 hora 38 minutos; Barrioux, en 1 h. 38 4/5 m.; Motheau, en 1 h. 39 m.; Picot, en 1 h. 40 m.; miss Vera Neave, en 1 h. 40 3/5 m., y Hartford, en 1 h. 45 m. La nadadora inglesa fué objeto de una gran ovación.



CAPULLOS, cuadro de G. Tyrhan

(Reproducción autorizada por la «Unión Fotográfica» de Múnich.)



UNA SORPRESA, cuadro de Pedro Carrier-Belleuse

(Reproducción autorizada por la «Unión Fotográfica» de Múnich.)

NUEVA YORK

CASA DESTRUIDA POR LA EXPLOSIÓN DE UNA BOMBA

Un temible anarquista llamado Carón y perteneciente al grupo denominado de *Los rojos* ocupaba una de las habitacio-



Nueva York. - Casa destruída a consecuencia de la explosión de una bomba que estaba confeccionando un temible anarquista. (Fot. remitida por C. Trampus.)

nes de una casa de seis pisos de la calle 105 de Nueva York. Hace pocos días prodújose en aquella casa una explosión espantosa que destruyó los tres últimos pisos y causó graves daños en los restantes.

Entre los escombros fueron encontrados los cadáveres del mencionado Carón y de dos mujeres; además resultaron heridas unas veinte personas.



El notable escritor y catedrático D. Víctor Said Armesto, fallecido en Madrid el 17 de los corrientes. (De fotografía de nuestro reportero J. Vidal.)

La explosión hizo retemblar las casas inmediatas y causó indescriptible pánico.

La policía logró averiguar lo sucedido. Carón y las dos mujeres, cuyos cadáveres fueron encontrados con el suyo, hallábase confeccionando bombas, cuando una de éstas hizo explosión ocasionando la catástrofe de la que fueron aquéllos las primeras víctimas.

Un cómplice, que en aquel momento hallábase con ellos, se

salvó y al pronto pudo escapar fácilmente, pero no tardó en ser cogido por la policía.

La bomba que Carón y sus cómplices estaban fabricando estaba destinada, según parece, al multimillonario Rockefeller, a quien los del grupo *Los rojos* habían escrito hace poco una carta diciéndole que había sido condenado a muerte, como culpable de la tremenda huelga del Colorado y de la matanza de Ludlow.

VÍCTOR SAID ARMESTO

Este delicado poeta, escritor cultísimo, orador elocuente y docto catedrático que a la edad de cuarenta años acaba de fallecer en Madrid, nació en Galicia y desde su infancia dedicóse con verdadera pasión al estudio, logrando poseer desde muy joven un caudal de conocimientos copiosísimo.

Fué catedrático del Instituto de León y poco después ganó en brillantísimas oposiciones la cátedra de Literatura galaico-portuguesa de la Universidad Central. Era entonces poco menos que desconocido en la corte; pero con su talento, su perseverancia y su trabajo, abrióse pronto camino, sin protección de nadie, y no tardó en destacarse como una de las figuras más salientes de la intelectualidad contemporánea, distinguiéndose en el Ateneo como orador elocuentísimo y de una amenidad y un ingenio extraordinarios, y mereciendo que D. Segismundo Moret le calificase de uno de los mayores oradores de España.

Dedicó Said Armesto gran parte de su vida a la crítica literaria y supo reunir a su erudición vastísima el gusto artístico más refinado.

Deja publicados varios libros, de los cuales uno de los más interesantes es *La leyenda de Don Juan*.

Tenía escritas muchas obras para el teatro, pero sólo consiguió estrenar su bellísimo poema *La flor del agua*, que, con música de Conrado del Campo, se representó hace pocas semanas y con grandísimo éxito en el Teatro de la Zarzuela de Madrid.

¡Descanse en paz!

DR. JOSÉ M.^a RAMOS MEJÍA

Con la muerte de este benemérito ciudadano desaparece una de las figuras más sobresalientes de la ciencia y de la intelectualidad argentinas. Ante el ditirámico coro de alabanzas de la prensa toda, como al oír los elogios que se escapan de todos los labios, hoy que ya cesó de pensar aquella mente poderosa, el ánimo en sacudida nerviosa hace levantar los hombros, dejando que de la boca se escape la despectiva frase: ¡Cuán ingratos somos los hombres! Conflicto educativo de todos conocido, solucionado no muy a satisfacción del Dr. Ramos Mejía, al convertir su nombre en percha donde se colgaban no pocos desaires quizás justificados, y no pocas envidias mal disimuladas, amargáronle los últimos meses de su vida terrena. Hoy todos convenimos, sin discrepancia, en que fué un cumplido caballero, dotado de gran talento, modelo de hidalguía y de honradez.

El Dr. Ramos Mejía había nacido para ser figura descollante en los diversos lugares a que le llevara la suerte; periodista

en sus mocedades, su seudónimo, *El licenciado Cabra*, alcanzó justa popularidad; nombrado miembro de la Comisión Municipal, ésta lo eligió vicepresidente; médico, fundó la cátedra, que dictó muchos años, de enfermedades nerviosas; higienista, el Gobierno le nombró director de la Asistencia Pública, que se acababa de fundar; fué más tarde diputado, ocupando últimamente, hasta pocos meses antes de fallecer, el cargo de presidente del Consejo Nacional de Educación.

Pero donde se destaca virilmente su personalidad es en su copiosa labor literaria delatora de portentosa mentalidad. Deja muchos libros que serán siempre consultados con fruto por los hombres de mañana, destacándose entre ellos *Rozas y su tiempo* y *Las multitudes argentinas*, cuya segunda edición, impresa recientemente, lleva un prólogo de Bonilla y San Martín.



Dr. José M.^a Ramos Mejía, ilustre hombre de ciencia y literato argentino recientemente fallecido

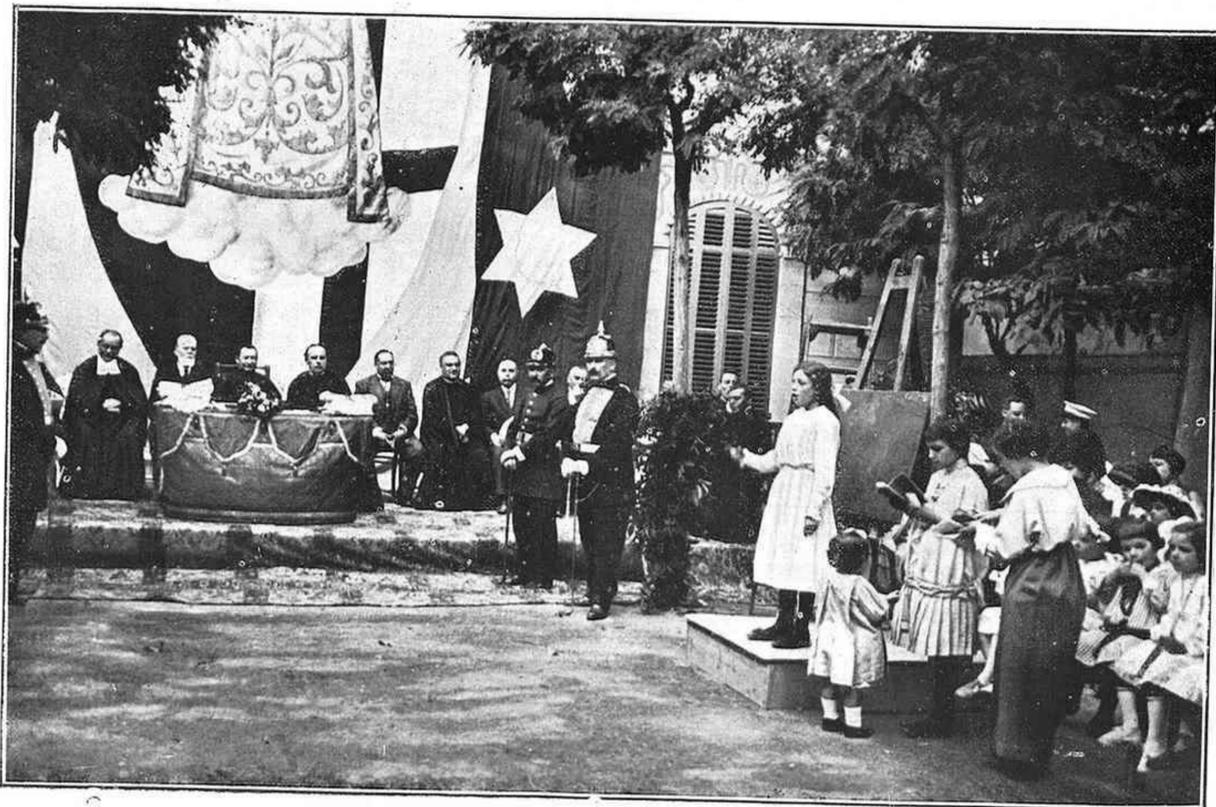
La Argentina ha perdido con la muerte de este benemérito ciudadano a un pensador profundo, a un hombre estudioso, trabajador infatigable, de intachable honradez y amante, cual pocos, de la ciencia y de su patria. - R. MONNER SANS.

BARCELONA. - REPARTO DE PREMIOS
EN EL COLEGIO-JARDÍN DE LA BONANOVA

Bellísima fué la fiesta que se celebró el 18 del actual en el Colegio-jardín de la Bonanova con motivo del reparto de premios a las ciento cincuenta niñas que al mismo asisten. Ocupó la presidencia el M. I. Sr. obispo de Puno, quien tenía a sus lados al Dr. Estebanell, cura párroco y fundador del Colegio, al general Boy y a otras distinguidas personalidades.

Las educandas ejecutaron varios ejercicios de gimnasia rítmica y leyeron poesías, obteniendo muchos aplausos. Después pronunciaron elocuentes discursos el Dr. Estebanell, agradeciendo la presencia del obispo de Puno, y éste ensalzando la obra realizada por aquél en el Colegio-jardín, recomendando a las niñas que tuvieran empeño en educarse y entonando un himno a la patria española.

Procedióse luego al reparto de premios y terminado éste, los invitados fueron obsequiados con un *lunch*.



Barcelona. - Distribución de premios entre las niñas que concurren al Colegio-jardín de la Bonanova (De fotografía de nuestro reportero A. Merletti.)

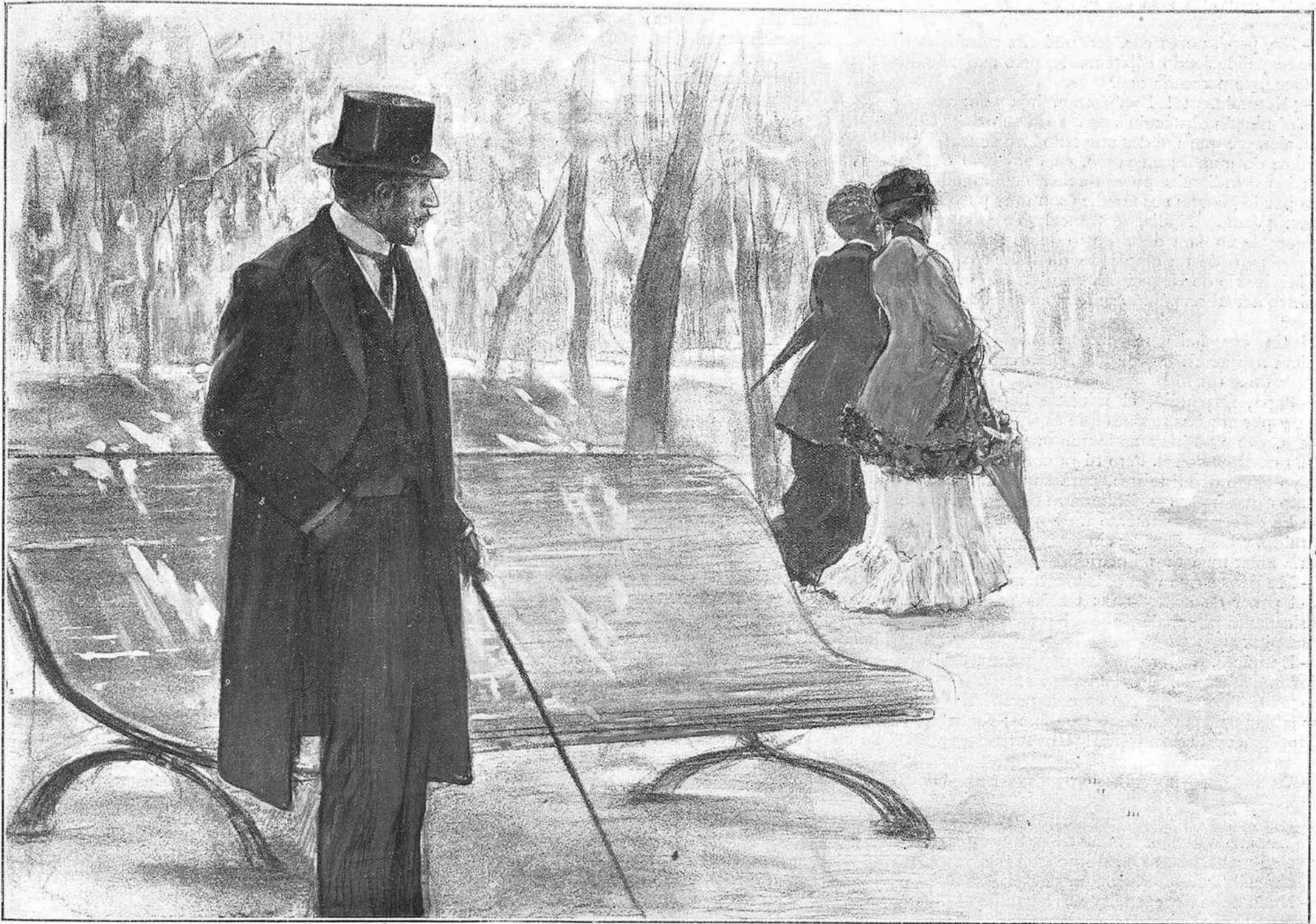
EL JURAMENTO DE NADIA

NOVELA ORIGINAL DE ENRIQUE GREVILLE. - ILUSTRACIONES DE MAS Y FONDEVILA. (CONTINUACIÓN.)

- ¡Papá!, le dijo su hija con una voz dulce y cariñosa. Un ligero movimiento de los hombros del prínci-

pe toda clase de locuras y caprichos; pero confiesa que ayer tarde traspasaste los límites de lo que puedo permitirte...

me hayas hablado en la forma que acabas de hacerlo. Sin embargo, el asunto es tan grave, que voy a permitirme hacerte algunas objeciones.



... mientras que Korzof, que se había quedado inmóvil en el mismo sitio, las seguía con los ojos

pe demostró a Nadia que su padre había oído sus palabras, aunque permaneciera inmóvil. Entonces ella acercóse, y colocando la barbilla sobre sus dos manos cruzadas, apoyólas en las espaldas del taciturno soñador, avanzando su lindo rostro hasta que sus revueltos rizos acariciaron las guías del bigote del príncipe.

Él entonces volvió un poco la cabeza, encontrándose con los ojos de Nadia, que le lanzaban una mirada llena de maliciosa ternura. Quiso mostrarse severo, pero no pudo.

- ¿Estamos de mal humor?, dijo Nadia con una entonación tan cómica que venció a Roubine por completo.

- ¡Eres una hechicera!, exclamó él sonriéndose. Abrazó a su hija, y se dejó conducir por ella hasta su butaca.

Entonces Nadia cogió delicadamente el largo tubo de su pipa, púsosele en la mano, encendió un fósforo de papel rollado en la bujía, que ardía perpetuamente sobre la mesita, esperando los caprichos del fumador; luego arrodillándose ante su padre, prendió fuego al tabaco de Oriente, amarillo y perfumado. El príncipe dió unas cuantas chupadas maquinalmente, y entonces ella, echando el busto un poco hacia atrás y sentada a medias en el suelo, miró al príncipe con aquella mezcla de ternura y de suave burla que la hacía tan seductora.

- ¿Ya pasó el mal humor?, dijo ella sonriendo.

- Escúchame, Nadia, dijo su padre seriamente. Ella púsose en pie y su rostro tomó una expresión grave y digna.

- Escúchame, continuó el príncipe, yo te permito

Ella echó un poco la cabeza hacia atrás, como si sus largas y magníficas trenzas fuesen un gran peso para ella, y esperó con mucha calma a que su padre continuase.

- Cuando ayer tomaste solemnemente por testigos de tu juramento a las estrellas, al mundo entero, a los mares, al Estado mayor y hasta al Ministerio, continuó el príncipe cuyo mal humor, momentáneamente apaciguado, volvía a exacerbarse a medida que hablaba, yo desearía que, al menos, por amor propio y por ti misma, fuese realizable tu juramento; pero declarando que sólo te casarás con un hombre pobre, si echas de nuestra casa a todas las personas que estén acostumbradas al jabón y a la ropa limpia, supongo que no pretenderás imponerme a los aguadores de la capital y a los maestros de escuela de provincias.

La lluvia golpeaba los cristales con redoblada violencia, haciendo el viento volar en locos torbellinos por el aire las hojas verdes arrancadas a los árboles del parque.

Nadia miró hacia la ventana, y no hallando ningún medio para evitar el choque, preparóse para la batalla. El príncipe miróla bruscamente, esperando hallar en su rostro alguna expresión de descontento; pero ella permaneció inmutable, conservando la misma actitud respetuosa y digna.

- ¡Vamos, Nadia, respóndeme!, exclamó el príncipe, enojado por no hallar pretexto para otra nueva explosión de cólera.

- ¡Oh!, papá, dijo ella con voz dulce y sumisa, no sabes cuánto siento el haberte causado tanta pena, pues es preciso que estés muy disgustado, para que

- ¡Conque objeciones!, exclamó el príncipe. ¡Esa es la cuestión! Tú hiciste ayer una declaración de principios que equivalen a una declaración de guerra...

- ¡Oh! papá!

- Sí, declaración de guerra a todo lo que tenga sentido común. ¡Si al menos hubieses hablado antes conmigo, diciéndome qué era lo que tú querías! ¡Lo hubiéramos discutido, y tal vez hubiéramos llegado a ponernos de acuerdo! Ya sabes, hija mía, que mi único objeto en este mundo, es el de labrar tu dicha.

La emoción que sentía el príncipe ahogó la voz en su garganta. La joven acercóse entonces a él y arrodillándose a sus pies, como había hecho momentos antes, apoyó los codos sobre las rodillas de su padre, juntando ambas manos, con un encantador gesto de súplica.

- Mi querido papá, dijo, confieso que he hecho muy mal en hablar, delante de personas extrañas, de cosas tan íntimas y que tan profundamente afectan a nuestra dicha... a la de los dos, que es lo mismo; ¿no es eso? Yo debí callarme ayer, hablar contigo, exponerte mis ideas, pero yo no sabía... De seguro que yo misma no sabía lo que yo deseaba, hasta el momento en que la conversación fué como un rayo de luz para mí. Oyendo hablar de esos matrimonios que el mundo aprueba, he sentido una indignación tan grande... que no quiero casarme a semejante precio. Y tú, papá, ¿querías que tu hijita se casase de ese modo?

- Pero, Nadia, exclamó el príncipe con muy buen sentido, todos los matrimonios no son como esos a que te refieres. Yo me casé con tu madre; y te ase-

guro que no lo hice, ni por darle una ocupación a mi espíritu ocioso ni por tener mi casa bien arreglada ni por aumentar mi fortuna; sino sencillamente porque la amaba. ¿Crees que esto no es suficiente?

- No es eso lo que yo quiero decir, respondió la joven un poco confusa. Pero no crees, papá, que podrían conciliarse muy bien tu modo de pensar y el mío, casándome con un hombre pobre que yo amase?

Roubine hizo un movimiento de impaciencia; y entonces Nadia, levantándose rápidamente, fué a sentarse en una silla baja, en frente de su padre.

- Di de una vez que te has enamorado de un estudiante pobre, y que quieres casarte con él, para dar a su genio las alas del oro y de los billetes de Banco.

- No, papá, no es eso, contestó ella con firmeza, aunque palideciendo súbitamente; pero aun cuando así fuese, ¿te parecería mal?

- ¡Naturalmente! Escúchame, hija mía; yo no pondré ningún obstáculo a un matrimonio de tu elección, siempre que me des un yerno bien educado, un hombre de mundo; un yerno, en fin, digno de los dos; los estudiantes podrán tener mucho talento, pero por lo general sus familias son muy poco aceptables. ¡Vamos, Nadia, sé franca! ¿Te gustará ser la nuera de un cura de aldea, o de un tenderillo de provincias, o de un empleado de ínfima categoría del Ministerio de Negocios Extranjeros... cuando el ministro actual ha pedido tu mano aun no hace tres meses?

Nadia escuchaba respetuosamente sin la más mínima apariencia de rebeldía, pero con la misma firmeza de antes.

- Papá, respondió, el ministro tiene cincuenta años, y por muchas razones que es superfluo que yo te diga, yo no podría amarle nunca, y, por tanto, no puedo casarme con él. Pero tú ya conoces el respeto que yo tengo de mí misma, para suponerme pensamientos que no tengo. El hombre con quien yo me case, ha de ser forzosamente un hombre de mundo, instruido, y bien educado; sin estas cualidades yo no podría amar nunca a mi marido.

- Me parece que va a ocasionarte muchos disgustos el poner de acuerdo tus teorías utilitarias con tus simpatías personales, dijo el príncipe lanzando un suspiro.

- Entonces, prefiero no casarme nunca, exclamó la joven con una encantadora sonrisa.

- ¡Si te figuras que eso es una perspectiva muy agradable para mí!, exclamó Roubine. ¡Una solterona, humanitaria y filantrópica! ¡Una verdadera plaga! ¡Bonito porvenir!

- Vamos, papá, no gruñas; voy a tocar un poco el piano.

Nadia inclinó hacia su padre su lindo rostro, con tanta zalamería y tanta ternura filial, que éste, a pesar de su mal humor, no pudo contenerse y besó la fresca mejilla que le presentaba su hija.

- Nada de música seria, ¿eh?, respondió el príncipe, pero si tocas un vals de Strauss puede que esto haga cambiar el curso de mis ideas.

Nadia lanzó un suspiro y sentóse al piano.

El príncipe cruzóse de brazos y empezó a pasearse por el salón mientras tocaba su hija. Cuando ésta hubo terminado, volvióse hacia ella, diciéndola:

- A ti no te gusta esta música, ¿verdad?

- No mucho, papá.

- ¡Ya, ya! Esta música no sirve para nada, ¿no es eso? En mi tiempo, nos apasionaban los italianos; Bellini, Rossini y Donizetti nos parecían ya muy complicados; pero vosotros los jóvenes lo habéis trastocado todo, los clásicos os parecen demasiado sencillos; ¡para vosotros no hay más que Schumann! Pero yo no lo entiendo... ¿Es que nosotros nos hacemos viejos, o que vosotros queréis ir demasiado de prisa?

La joven, que le escuchaba con las manos juntas y la cabeza baja, levantó los ojos hacia su padre.

- Tú eres muy práctica, continuó el príncipe que aun estaba enojado. Quieres que todo sirva para algo; tú no sabes disfrutar de las cosas bellas, por el goce exclusivo de su posesión; tú luces trajes maravillosos, porque sabes que esto hace trabajar a las modistas, y coges en tu jardín rosas que valen cinco rublos cada una, porque esto da de comer a los jardineros; todo esto me lo has explicado ya; pero a mí, Nadia, me gustan tus trajes, porque realzan tu belleza, y las rosas porque huelen bien... ¿A ti no te basta esto?

- Eres el mejor de los hombres y el más adorable de los padres, respondió ella sonriendo; no exijo de ti nada más. Tú has cumplido con creces tu misión sobre la tierra, siendo un arrojado oficial, un buen padre de familia, y un terrateniente de los más bondadosos y asequibles a la piedad. Tienes el derecho de que te gusten las rosas, sólo por serlo; mis

trajes porque me sientan bien; y los valsos porque evocan en ti recuerdos dichosos y mecen tus sueños dulcemente, sin que tengas necesidad de fatigar tu cerebro para comprenderlos. ¡Pero ten un poco de indulgencia con tu rebelde hija, ya que ella te quiere sobre todas las cosas de este mundo!

Padre e hija habían hecho las paces. Aquel día el príncipe no estaba dispuesto para la lucha. Nada era más repulsivo para su bondadoso carácter, que la reprensión y la censura, a las que le impulsaba tan sólo el sentimiento de su amor paternal. Queriendo alejar de sí, las ideas desagradables que le perseguían y atormentaban desde la víspera, abandonóse gustosamente al placer de escuchar a su hija que hojeó, para distraerle, durante una hora, una colección completa de partituras italianas.

La lluvia caía sin cesar; y Nadia, fatigada, había dejado el piano dirigiéndose a la ventana para leer un periódico, cuando abrióse la puerta, entrando un criado que, acercándose a la joven, dijo algunas palabras en voz baja.

- ¿Qué es eso?, preguntó el príncipe volviéndose hacia ella.

- Nada, papá. Es que el intendente envía a su hijo, para rendirnos las cuentas del primer semestre.

- ¿Y por qué no viene él mismo?

- Parece que está enfermo; ¿quieres recibirlo o preferes que yo lo haga?

- Ve tú, dijo Roubine sonriendo levemente, ya que tanto afán tienes por ser útil..., al fin y al cabo tú eres mi ministro de Hacienda...

Nadia echó a su padre un beso con la punta de los dedos y salió del comedor.

El príncipe cogió entonces el periódico que había dejado su hija y empezó a leer, pero no tuvo ánimos para ello; a los pocos momentos abandonó su pipa y durmióse apaciblemente sobre los telegramas del extranjero.

El hijo del intendente era un guapo mozo de veinticuatro años, de conformación un poco pesada, que seguramente aumentaría con la edad; pero por el momento, sus cabellos y su barba de un rubio obscuro, y sus ojos azules, muy abiertos, prestaban a su fisonomía cierto encanto, aunque un observador un poco atento hubiera sorprendido en ellos cierta expresión astuta, que de cuando en cuando aparecía en sus miradas, tan francas en apariencia. El estaba de pie, en medio del gran salón que servía de antecámara, e inclinándose ante la joven princesa llevóse su mano a los labios, según costumbre rusa.

- Hola Teodoro, dijo ella, ¿cómo marcha todo por el campo?

- Muy bien, gracias a Dios, respondió él, dejando ver al sonreír sus blancos dientes.

- Sígame usted, dijo Nadia entrando en el gabinete de su padre, vasta pieza ya de suyo sombría por los espesos cortinajes oscuros que impedían el paso de la luz, y en donde penetraba, a duras penas, la de aquel día, triste y lluvioso.

Ella sentóse ante la gran mesa de escribir, de roble, indicando un asiento al joven, que permaneció de pie todavía un momento.

- ¿Ha traído usted sus papeles?, preguntó ella.

- Sí, princesa.

- Está bien. Siéntese usted y enseñemelos.

Con un gesto que expresaba a la vez, que sabía apreciar el honor que se le hacía, y una especie de familiaridad, Teodoro Stepline sentóse en la silla que se le había designado y sacó de un voluminoso cartapacio un legajo de papeles, que la princesa examinó minuciosamente uno por uno, teniendo cuidado de copiar las cifras que representaban en un carnet aparte. Cuando hubo terminado de examinar todo el legajo, Nadia hizo la adición de las cifras que había apuntado, comprobándola varias veces.

Mientras que Nadia hacía este trabajo, los ojos del joven observabanla atentamente, cambiando de expresión muchas veces. Tan pronto posábanse con admiración en sus magníficas trenzas, tan pronto en su blanco cuello, inclinado sobre el papel, o en sus afilados dedos, llenos de deslumbradores anillos; luego los llevaba a las sumas inscritas en el carnet, y entonces brillaban con un fuego malévolo y sombrío. Cuando Nadia hubo terminado de hacer sus cálculos, levantó la cabeza y volvió el rostro hacia Stepline, diciendo al mismo tiempo:

- Total: treinta y siete mil, seiscientos rublos.

- Exactamente, princesa, respondió Teodoro revistiéndolo un aire oficial.

Y sacó de la cartera varios fajos de billetes de Banco, que fué entregándoselos uno por uno a la joven, la cual, después de examinarlos cuidadosamente, los puso aparte en un cajón. Luego lo cerró, se guardó la llave en el bolsillo, y haciendo girar su sillón hacia Stepline, le dijo con mucha dulzura:

- Ahora hábleme usted un poco de nuestra aldea. El semblante de Teodoro Stepline revistió un grave aspecto.

- Todo marcha a pedir de boca, princesa. La escuela de usted está llena de niños... El maestro se fué hace ocho días, pero las clases no se han cerrado por eso.

- ¿Se ha ido? ¿Y por qué?

- Creo que se aburría, dijo Teodoro bajando los ojos. Hace ya mucho tiempo que descuidaba sus deberes.

- ¿Por qué no me lo escribió usted?, preguntó Nadia vehementemente. Los niños no debían ser víctimas de su negligencia.

- Es que no ha pasado nada de eso, respondió el joven siempre con el mismo aire de modestia.

- ¿Quién ha sustituido al maestro?

- Yo. Dispénsese Su Alteza si me he arriesgado a disgustarla, continuó él cada vez más humilde; pero yo sabía que usted tenía un grandísimo interés por la escuela, y he reemplazado al maestro siempre que éste faltaba a la clase.

Nadia iba a darle las gracias calurosamente; ya abría la boca para hablar, cuando de pronto dominando el impulso que la arrastraba, miróle fijamente y dijo en tono tranquilo:

- Gracias.

Stepline, que no se percató de este cambio, repuso con la misma emoción:

- Todo el mundo conoce en el campo la bondad de nuestra princesa. Los efectos de una generosa iniciativa son a veces inesperados y diversos... Muchos al ver cómo la princesa trabaja en favor de los demás, y que antes no pensaban más que en cumplir honradamente con su deber, comprendiendo que con esto no lo realizaban más que a medias, se han consagrado a otros estudios. El hospital es muy pequeño y mi padre no puede atender él solo a los enfermos. Los pocos conocimientos que tiene en Medicina, y que se los debe a nuestra princesa, resultan ya insuficientes y escasos. Nos haría falta un médico joven, o cuando menos un practicante inteligente.

- ¿Quién quiere usted que tenga la abnegación que hace falta para sacrificarse por los que sufren, enterrándose en una pobre aldea, sin relaciones intelectuales ni distracciones de ningún género?

- Yo había pensado, replicó Stepline con la misma voz contenida y casi ahogada, que si nuestra princesa se dignase alentarme...

- ¿Cómo?, dijo Nadia un poco curiosa.

- Yo haría con mucho gusto los estudios que fueran precisos... Después de todo la cosa no es ni muy larga ni muy difícil, y entonces...

- ¿Sería usted capaz de consagrarse por completo a nuestro hospital?, preguntó la joven algo sorprendida por esta inesperada proposición.

Stepline la miró y dijo:

- Sí.

- ¿Es usted ambicioso?

El joven sonrióse.

- Mi mayor ambición no consiste más que en la realización de un deseo: el de hacerme digno de las bondades de nuestra bienhechora, de merecer su estimación..., un poco de ese afecto que ella concede a todos los que la rodean...

Nadia bajó los ojos y mordióse los labios.

Después dijo sin demostrar su emoción.

- ¿De modo que no es únicamente el deseo de ser útil a sus semejantes el que le impulsa a emprender ese camino?

- Usted, princesa, nos ha enseñado y repetido mil veces, y sus doctrinas no han caído en terreno estéril, que el hombre es hijo de sus obras y que un hombre resuelto e inteligente puede llegar a donde se proponga. Usted nos ha citado muchos ejemplos en la historia de todos los países, añadiendo, que si esto en Rusia sucede con menos frecuencia, es por la desigualdad de condiciones, pero que poco a poco irán borrándose estas distancias... Gracias a la generosidad del príncipe yo soy un hombre libre; ¿por qué entonces no he de aspirar a los altos destinos que usted, princesa, me ha hecho entrever?

- Habla usted muy bien, dijo Nadia, se conoce que ha recibido una buena educación.

- Mi padre no ha escatimado nada, para que yo me instruyese bien; él apenas sabe leer; pero ha hecho que el pastor de nuestra iglesia me enseñara todo lo que él sabía. Además he estudiado dos años en la Universidad de Moscou.

- ¿Y usted se resignaría a consagrar su vida a los enfermos pobres de la aldea?, preguntó la joven con algo de incredulidad.

- ¿Qué no sería yo capaz de hacer por usted?, dijo él en voz baja.

Nadia levantóse, y cogiendo los legajos de papel le dijo:

— Ya le hablaré a mi padre. El es quien tiene que resolver este asunto.

— ¡Si usted le hablase en mi favor!., insistió él. — Eso es cuestión del príncipe, repitió Nadia. ¿Y cuándo regresa usted?

— Cuando usted disponga, respondió Stepline en tono sumiso.

— Entonces, en seguida, exclamó la joven con mucha tranquilidad.

— ¿Sin volver a ver a usted?

Ella fijó en Stepline una altiva mirada y le dijo: — Ya hemos terminado nuestros asuntos y me es imposible dedicarle un momento más. Ya le escribirán a usted respecto de la petición que acaba de hacerme.

— ¿Cuándo se dignará nuestra princesa visitar sus posesiones?

— Dentro de tres semanas, sobre poco más o menos; pero antes recibirá usted la respuesta del príncipe.

Stepline, de pie, conservaba su humilde actitud.

— Diga usted a los niños de la escuela que su buen comportamiento me satisface muchísimo. Y una vez más le agradezco a usted el interés que se ha tomado por ellos... Dentro de poco enviaremos allá un nuevo maestro; entretanto, le ruego que continúe ocupándose en ellos.

Nadia hablaba con exquisita cortesía, pero sin demostrar la menor familiaridad.

Stepline comprendió que acababa de perder una partida importante sin tener, sin embargo, la conciencia de haber jugado mal.

— Hasta la vista, dijo Nadia saludando con un movimiento de cabeza.

Y salió del gabinete, siguiéndola Stepline muy cariacontecido.

Nadia entró en el comedor, cerrando la puerta tras sí, y Teodoro salió de la casa.

— ¿Qué traía ese palomino atontado?, preguntó en francés el príncipe, que acababa de salir de su dulce sueño.

— Tus rentas, dijo Nadia sonriendo. Somos muy ricos, papá; sólo las posesiones del Volga nos dan más de treinta y siete mil rublos al semestre.

— ¡Tanto mejor!, exclamó Roubine ahogando un bostezo, así podrás comprarte otro coche; precisamente hace falta un cestito con dos jacas, que vimos el otro día; ¿quieres que envíe por él? Te lo regalo.

— No, papá, gracias, respondió la joven con aire pensativo. Ya te pediré otra cosa.

— Haz lo que quieras. Pero, Nadia, ¿es que va a estar lloviendo todo el día?, exclamó Roubine con un aire tan compungido que su hija no pudo contener la risa.

— Creo, querido papá, que a pesar de tener treinta y siete mil rublos en tu cajón, no vas a poder impedirlo.

— Pues mira, invita a Korzof para que venga a comer con nosotros. No hay nada más fastidioso que la lluvia. No sabe uno qué hacer.

Sin hacer ninguna objeción, Nadia transmitió a un criado las órdenes de su padre, para que fuesen cumplidas inmediatamente.

Al poco rato volvió el mensajero, diciendo que Korzof estaría allí a las cinco, lo que pareció alegrar mucho al príncipe.

— Papá, exclamó la joven, ¿qué te parece Teodoro Stepline?

— Es un muchacho muy listo; su padre es un bribón; pero lo mismo me da que siga él siendo intendente que tomar otro que me robaría tanto como él; al menos con éste ya me he acostumbrado a su manera de robar, mientras que con otro tendría que acostumbrarme de nuevo.

Mil impresiones fugitivas pasaron por el rostro de Nadia, mientras hablaba su padre, y cuando él hubo terminado, quedóse silenciosa.

— Pero su hijo, dijo al fin vacilando, ¿no sabrá nada?

— ¿Quién? ¿Teodoro? El es quien hace las cuentas. Su padre sabe sumar y restar admirablemente; hace también muy bien la prueba; yo al menos no he podido pillarle nunca en flagrante delito, pero ignora las más vulgares nociones de ortografía, y su hijo es el que copia las cuentas, con una letra tan bella y tan clara — y la enseñaba aquellos papeles —. Después, para que todo esté en regla, un escribiente las copia en los registros. Tú los has visto, ¿verdad que están bien llevados?

Roubine se reía bonachonamente; la idea de que a cambio de los ocho o diez mil rublos que le robaba todos los años, le presentaba su intendente unos registros tan bien hechos, le parecía muy cómica.

— Pero Nadia no se reía.

— ¡Ese muchacho cómplice de su padre!, dijo al fin; ¡me parece demasiado! ¿Cómo conciliar?..

— Conciliar... ¿el qué?, preguntó el príncipe al que divertía mucho el ver a su hija tan perpleja.

En pocas palabras la joven puso a su padre al corriente de las ambiciones de Teodoro.

— ¿El te ha dicho eso?, exclamó Roubine, que se había puesto serio repentinamente. ¿En qué términos?

Nadia intentó repetir las palabras del joven..., pero de pronto un vivo rubor coloreó su semblante, y se calló bruscamente.

Al fin dijo:

— No tiene importancia; ya veo que es un ambicioso vulgar.

Su padre la miró con alguna inquietud, y levantando un dedo en el aire la dijo:

— Ten mucho cuidado, hija mía; con tus ideas niveladoras, puedes hacer germinar en algunos cerebros desequilibrados pensamientos que tú no quieras comunicarles... ¿Supongo que ese imbécil no te habrá faltado al respeto? ¡Te veo tan desconcertada!

— No, papá, nada de eso, repuso la joven profundamente mortificada al acordarse de las palabras de Teodoro, «¿Qué no haría yo por usted?». ¿Qué vas a contestarle?

— ¡Oh! ¡es muy sencillo!, le diré que los enfermos no pueden esperar a que él acabe sus estudios y que buscaremos un médico en seguida.

Nadia abrazó a su padre.

Abrióse la puerta dando paso a Korzof, que apresuróse a decir para excusarse por haberse presentado tan temprano:

— Llévele atrozmente; y el día se me hacía tan largo, que aun a riesgo de ser algo importuno, he venido...

— ¡Nada de eso!, exclamó Roubine encantado, Vamos a jugar una partida de whist, mientras llega la hora de comer; no hay como las cartas para matar un día que no quiere morir.

Sentáronse los tres gravemente alrededor de la mesa de juego, como si fuese un altar, pronto para un sacrificio. Con la entrada de Korzof, parecieron esparcirse por la habitación el bienestar y la alegría. Así jugaron hasta la hora de comer hablando de mil cosas diversas.

A eso de las siete aclaróse el horizonte, dejándose ver por el Occidente una faja amarilla.

— ¡Qué milagro! Ya no llueve, exclamó Roubine abriendo la puerta de la terraza.

Un olor agradable a hierba mojada penetró en el comedor, y los tres amigos se arriesgaron a salir fuera.

Una bruma acuosa subía del suelo, formando una ligera neblina, al través de la cual distinguíanse puntos oscuros, que representaban edificios o masas de árboles. Algunos rayos de un sol pálido y mortecino iluminaron con alegría melancólica los arbustos, encorvados y mustios aun por el peso de la lluvia.

— ¡Ah!, ¡parece que uno revive!, exclamó Roubine dando grandes zancadas, para desentumecerse las piernas.

Nadia se había quedado en el umbral de la puerta para no mojar sus zapatitos.

Korzof acercóse a ella.

— Señorita, la dijo, si mañana hace buen tiempo, girá usted a pasear al parterre?

Ella contestóle con un gesto afirmativo.

— ¿Tendrá usted inconveniente en que nos encontremos allí?

Nadia repitió el mismo gesto.

— Muchísimas gracias, dijo Korzof con aire muy digno.

Ella comprendió que Korzof era un hombre. Sabía apreciar lo que pedía, y creía al mismo tiempo merecerlo. Nadia entró en el salón y se sentó ante el piano. Sus dedos vagaron distraidamente sobre las teclas, hasta el momento en que los dos hombres se reunieron a ella.

Conversando y haciendo música pasaron una velada deliciosa.

III

Un viento fresco y ligero hacía estremecerse las hojas de los grandes tilos, sacudiendo sobre las avenidas una lluvia de flores aladas y odoríferas que, impulsadas por el aire, iban a posarse en los parterres. Nadia fué a sentarse al extremo de los jardines bordeados por las alamedas que cortan los sotos; y allí permaneció un instante pensativa, con las manos semienlazadas sobre sus rodillas.

Nadia estaba sola. Su señora de compañía la había pedido permiso por una hora, concediéndoselo ella muy gustosa, por ver en esto un designio providencial. Iba pues a verse completamente a solas con Dmitri Korzof, pues los raros transeúntes que acertaban a pasar por allí, no podían considerarse como testigos; y a aquella hora tan calurosa del día, la so-

ciudad de Peterhof reposaba bajo los toldos de lona en los jardines de sus villas.

Nadia no tuvo casi tiempo de pensar en lo que iba a decir, porque a los pocos momentos apareció Korzof al extremo de la avenida. Marchaba muy de prisa y, al verla, acortó algo el paso, acercándose a ella con aspecto tranquilo; pero su rostro serio y casi rígido delataba el esfuerzo que hacía para conservar esta apariencia.

— Le agradezco a usted mucho que haya venido, princesa, dijo después de saludarla. Sin duda ha comprendido que se trataba de algo muy importante para mí... en una palabra: tiene usted en sus manos la felicidad de toda mi vida.

Nadia, sin mirarle, bajó la cabeza. Al escucharle, sentía en el fondo de su alma una solemne y extraña emoción, algo así como el sonido de las notas graves del órgano de una catedral; era triste y dolorosa, pero mezclada al mismo tiempo de una alegría serena, casi santa.

— Hace mucho tiempo que la amo a usted, princesa, continuó Korzof palideciendo cada vez más. Me he esforzado vanamente por vencer esta pasión... me parecía que usted no estaba dispuesta a escucharme; ¿por qué entonces exponerme a inútiles sufrimientos? Pero he luchado en vano; he sido débil. Si consiente usted en ser mi mujer, me hace dichoso para toda la vida, y me esforzaré para merecer esta felicidad; si por el contrario me rechaza...

La voz alejóse en su garganta. Clavó sus ojos en los de la joven, y su mirada terminó la frase que habían empezado sus labios.

A su vez Nadia le miró, viendo él en su rostro algo trémulo e indeciso, doloroso y tierno, que le devolvió el valor.

— ¿Consiente usted?, dijo él en voz baja sentándose a su lado.

La joven recobró el dominio de sí misma.

— En mi espíritu, exclamó ella, han sucedido cosas bien extrañas. Al oírle hablar, me parecía que debía responderle «¡sí!»... sentía la impresión de que juntos seríamos muy dichosos, pero después...

— ¿Qué?, preguntó Korzof con ansiedad.

— Después, me he dicho que nuestras ideas, nuestra manera de ver la vida, no son las mismas y que la base de la felicidad consiste en una perfecta comunión de ideas...

— ¿Y el amor, no cuenta usted con él para nada?, dijo Korzof casi sonriéndose.

Nadia, con un movimiento peculiar en ella, echó la cabeza un poco hacia atrás, orgullosamente, diciendo:

— El amor pasa; y la comunión del espíritu subsiste siempre.

— Pero, querida princesa, ¡si los dos tenemos las mismas ideas! Ambos ambicionamos la dicha de los que nos rodean, ¿no es eso? No se trata más que de ponernos de acuerdo en el modo de lograrlo, y esto será muy fácil, porque yo haré siempre todo lo que usted quiera.

Korzof hablaba con gran calor.

Nadia sonrióse; después púsose seria de pronto.

— He hecho un juramento, dijo, mientras su bello rostro adquiría una sombría expresión.

— Sí, un juramento temerario. ¿Quién no ha hecho alguna vez un juramento parecido?

— ¡Yo!, replicó Nadia, yo no he hecho ningún juramento que no estuviese dispuesta a cumplir.

Korzof no estaba resuelto a perder el terreno que había conquistado y se dispuso a defenderlo valientemente.

— ¿Qué condiciones exige usted que reúna su marido, princesa?, dijo él alegremente. Ante todo que esté bien educado, ¿no es eso?

Nadia hizo un signo afirmativo.

— ¿Que sea honrado?, ¿instruido?, ¿que observe una conducta intachable? Me parece, sin que se me pueda acusar de exceso de amor propio, que puedo vanagloriarme de reunir estas condiciones. ¿Qué más hace falta?... ¿Que se consagre a alguna gran idea?... Muéstreme usted el camino y yo lo seguiré. En la senda del bien, como en todo lo demás, usted será la estrella que me guíe.

Una nueva emoción, aun más tierna y deliciosa, apoderóse del corazón de la joven.

Aquel hombre era sin duda alguna el que el cielo la destinaba. ¿Cuál otro hubiera hablado así? Pero el importuno recuerdo de su juramento turbó su espíritu, destruyendo así su alegría.

— Usted es rico, dijo Nadia lentamente y casi a pesar suyo.

Hubo un breve silencio; el viento gemía furtivamente entre el follaje, escuchándose a intervalos irregulares el ruido de una gota de agua que caía en algún receptáculo invisible.

(Se continuará.)

NOTAS DE LA AMÉRICA DEL NORTE. - LOS MILL'S HOTELS DE NUEVA YORK



Los lavabos son de porcelana blanca, están dispuestos en salas vecinas a los dormitorios y en ellos se facilitan gratis toallas y jabón

Dase el nombre de *Mill's hotels* en Nueva York a unas inmensas casas de dormir construídas por un millonario, algo filántropo y algo especulador también, y en las cuales son admitidos de noche los hombres sin domicilio, no las mujeres, mediante el pago de una peseta, cantidad que en aquella metrópoli es casi la unidad monetaria más baja.

Vista una de esas casas, vistas todas; bastará, pues, que hagamos la descripción de una de ellas.

Es un caserón inmenso, de ocho pisos; en la planta baja, dos taquillas en donde se entregan las llaves de los cuartos, previo pago de los veinte centavos; en el centro, un patio con cubierta de cristales cerrado por los cuatro lados del edificio, especie de pozo inmenso y muy claro en cuyo fondo se agita durante el día la clientela del *Mill's hotel*.

Varios rápidos ascensores suben y bajan constantemente.

Los cuartos, en número de 1.554, ábrense en corredores de piedra y hierro, son estrechos como camarotes, pues sólo tienen siete pies de largo por seis de ancho, y sus puertas no tocan al suelo ni al techo. Están separados entre sí por tabiques de la misma altura que la puerta, de manera que, aun siendo independientes unos de otros, se comunican por arriba y por abajo. Las paredes están blanqueadas con cal; una cama baja ocupa toda la longitud del recinto; una alfombrita, una silla y un pequeño armario de 50 centímetros completan el menaje.

Hay cuartos que cuestan una peseta y cincuenta céntimos y que pueden contener un baúl y una mesita. Éstos tienen cada uno su lámpara eléctrica, al paso que los otros se alumbran de noche por la luz de los corredores y de día por una ventanilla con reja abierta entre dos celdas.

En cada piso, en un rellano central, hay lavabos con toalla y jabón gratuitos;

tes de la casa; en el segundo, se le obliga a levantarse y a desocupar el cuarto sin contemplación alguna.

Los que quieren, pueden comer en el hotel, pero han de conformarse con no

ratos automáticos, están a la disposición gratuita de los parroquianos. Al lado de las duchas, varias tinas de piedra, con espitas de agua caliente y fría, sirven para el lavado de la ropa blanca, operación que cada cual ejecuta personalmente, secando luego las prendas lavadas en un secadero caliente instalado allí cerca.

Los cuartos han de estar desocupados a las nueve de la mañana y quedan libres hasta las cinco de la tarde; durante este tiempo, se cambia la ropa de las camas y se procede a la limpieza de los cuartos.

Si algún parroquiano se siente enfermo, la administración del hotel se cerciora de si su enfermedad es cierta o si se finge para permanecer más tiempo en la cama; en el primer caso, el enfermo es conducido al hospital, en beneficio suyo y de los demás clientes de la casa.



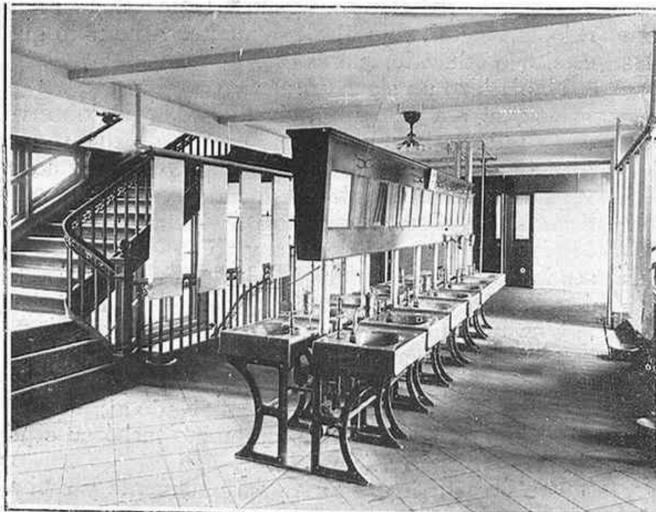
Una sala de descanso y de conversación

beber ni una gota de alcohol. El comedor es una sala muy grande y muy limpia, de ladrillos barnizados. El desayuno, que se sirve a las seis de la mañana, cuesta cincuenta céntimos y consiste en

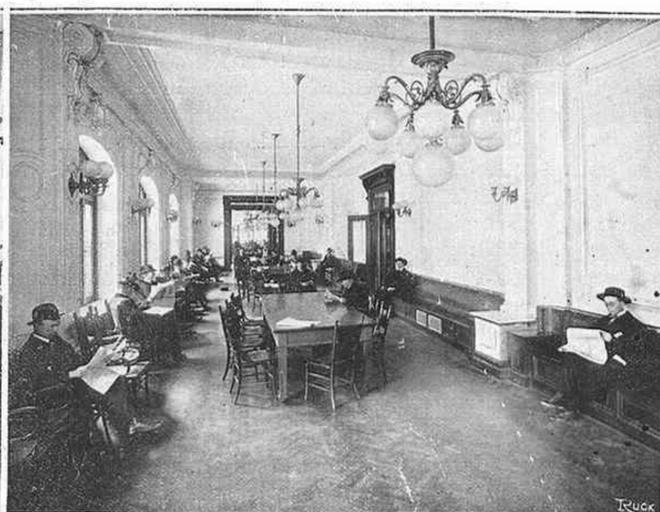
dos salchichas o un trozo de buey, dos panecillos y una taza de café; el precio del almuerzo es de setenta y cinco céntimos y da derecho a un plato de carne, otro de legumbres, pan, mantequilla y café, te o leche; lo mismo cuesta la comida, que se compone de una sopa, un plato de carne, dos de legumbres, postres y te o café. De modo que puede uno alimentarse suficientemente por dos pesetas diarias, lo que para Nueva York es baratísimo.

El sesenta por ciento de los concurrentes a los *Mill's hotels* alquilan sus cuartos por semanas, por meses y hasta por años; sólo el cuarenta por ciento los alquilan por una noche.

La clientela ordinaria de estos establecimientos la forman empleados, estudiantes, enfermeros, etc., que encuentran allí las comodidades necesarias, pues, aparte de los servicios antes descritos, reciben allí su correspondencia y pueden guardar los objetos de su propiedad en unas cajas cerradas con llave instaladas en los sótanos y cuyo alquiler cuesta al mes una peseta y veinticinco céntimos.



Lavabos instalados junto a los comedores



Salón de lectura

un letrero advierte que está prohibido en absoluto lavar allí prendas de ropa. En los sótanos hay el departamento de duchas: cincuenta cabinas, con apa-

llave instaladas en los sótanos y cuyo alquiler cuesta al mes una peseta y veinticinco céntimos.

En un artículo dedicado a los *Mill's hotels*, un celebrado literato francés describe el aspecto de la clientela de los mismos en los siguientes términos:

«Circulando por las salas de lectura, por los fumadores, por los corredores, por los vestíbulos con bancos, en donde están sentados centenares de hombres que fuman, leen, charlan o meditan, no se siente la impresión de una miseria definitiva; parece aquello una ambulancia de heridos convalecientes, pero no de heridos de muerte.

Si en vez de verlos allí hubiese encontrado en la calle a esos *gentlemen* con sombreros, cuellos y corbatas de última moda y hasta algunos de ellos con guantes, no habría hecho diferencia entre ellos y los banqueros de la ciudad baja; pero vistos al lado de gentes sin camisa a con camisas sucias, las señales de la derrota, es decir, la boca móvil y nerviosa, las cejas un tanto fruncidas y la mirada inquieta, aparecían más marcadas en sus fatigosas fisonomías. Los había viejos y jóvenes; muy viejos, con barbas grises y aire resignado, dócil y paciente; muy jóvenes, con el labio apenas sombreado por el bigote, las facciones contraídas y la expresión dura.

»Y yo no sabía a quiénes había de compadecer más, si a aquellos viejos extenuados que pronto morirían o a aquellos jóvenes cuya primera acometida había sido rechazada y que iban allí a recogerse con algo de dolor, antes de lanzarse de nuevo al mar embravecido que rugiera.

»Eran las tres de la tarde y yo estaba asombrado de ver tantos hombres inactivos. ¿Qué hacían allí? ¿Por qué esas gentes válidas no están afuera, trabajando, buscando un empleo, moviéndose, en fin, como se mueven durante toda su vida los norteamericanos?

»Es que muchos de ellos — díjome el director — no trabajan más que por la noche y como en la calle hace mucho frío, prefieren estarse aquí, en donde disfrutan de una buena temperatura y descansan. Otros esperan contestaciones a cartas que han escrito y van cada media hora al despacho a preguntar si hay algo para ellos. Otros han acabado su faena al mediodía y el resto del tiempo lo pasan fumando, escribiendo cartas, leyendo periódicos o jugando al ajedrez o al dominó.»

En resumen, los *Mill's hotels* no son asilos, sino verdaderos hoteles filantrópicos muy bien organizados en los cuales son recibidos durante la noche, mediante una cantidad en extremo módica dados los elevados precios que todas las cosas tienen en la gran urbe norteamericana, todos aquellos a quienes una suerte adversa deja sin abrigo. Y los parroquianos de estos establecimientos no son mendigos, sino vencidos de la vida que encuentran en ellos un refugio decente, evitándose así el contacto con la miseria crapulosa de los arrabales.

El literato a quien antes nos hemos referido quiso ver a alguno de estos parroquianos y fué introducido en una celda habitada desde hacía muchos años por un escritor muy conocido en Nueva York, Francisco Train, en otro tiempo muy rico y relacionado con lo mejor de la sociedad neoyorkina. He aquí algunos párrafos referentes a aquella visita:

«El escritor, sorprendido de nuestra visita inesperada, nos hace sentar en su cama cubierta con un tapiz argelino. Es un hombre de sesenta años, bigote gris, largos cabellos sueltos en forma de aureola alrededor de su rostro encarnado, de vivas y enérgicas facciones.

» — Me han hecho pasar por loco, me dijo, y hasta los tribunales han declarado que, en efecto, lo era. ¿Qué saben ellos? ¡Que lean mi *Deuteronomio!*

»En las paredes hay pegados muchos recortes de periódicos que hablan de él; una ilustración lo representa en disposición de dar un asalto de boxeo, y en un rincón veo colgado un par de guantes de boxeo. Pregúntole qué significa esto y me responde riendo:

» — Sucédeme a veces que hablo a los habitantes



Salón de conversación y de recreos

del hotel y procuro explicarles el verdadero sentido de la vida; y habiéndome parecido observar que se mofaban de mí porque era viejo, he querido probarles que no era senil ni física ni mentalmente. Al efecto llamé aquí al profesor Dónovan, a quien conocéis, y le he propinado una paliza tremenda en presencia de los habitantes del hotel... Desde entonces, ya nadie se burla de mí.

»Le pregunto luego por qué ha escogido para vivir un *Mill's hotel* y si está bien allí, y me contesta:

» — Es el único

hotel del mundo que se halla al abrigo del fuego; el único sitio verdaderamente democrático, y en el cual no se ve a nadie, lo que es muy importante en la vida.» — P.

Por la suavidad de su espuma abundante, por el aroma exquisito de heno que exhala es el Jabón de

HENO de PRAVIA
la delicia de quien lo usa.

Ehrmann.

GINEBRA. LAS FIESTAS DEL CENTENARIO. - EL CORTEJO HISTÓRICO



Damas y petimetres de 1814. - Grupo de muchachas con guirnaldas. - Carroza de los primeros habitantes de Helvecia. - Carroza de los amigos de Juan Jacobo Rousseau. (De fotografías de nuestro reportero J. Vidal.)

En el número 1.698 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA dijimos algo de los grandes festejos con que la ciudad de Ginebra ha celebrado el centenario del ingreso del cantón de su nombre en la Confederación Helvética.

Dichos festejos han terminado con un cortejo histórico que ha constituido un espectáculo grandioso y pintoresco en extremo, en el cual han tomado parte más de 1.700 personas y cuyo paso por las principales calles de Ginebra ha sido presenciado por un gentío enorme.

Abrió la marcha del cortejo un pelotón de gendarmes, al que seguían una charanga y el Orfeón ginebrino. Detrás iban varias carrozas con grupos que reproducían épocas notables de la historia suiza y entre las que llamaban principalmente la atención la de los primitivos helvecios

cubiertos de pieles y las de los romanos, de los burgundos, de los duques de Saboya, de los reformadores y de los amigos de Juan Jacobo Rousseau.

A continuación marchaban grupos de muchachas con guirnaldas de flores, soldados del Imperio precedidos de un comisario del Comité de Salud Pública y de una gentil cantinera, cazadores, granaderos, la guardia ginebrina con la bandera del cantón, zapadores, las niñas que habían tomado parte en la representación de *La Fiesta de Junio* coronadas de flores, los síndicos, menestrales, artesanos, mamelucos, lanceros, damas y petimetres de 1814, y contingentes de Friburgo y de Soleure.

El público acogió el cortejo con grandes aclamaciones, que no cesaron en todo el trayecto.

Historia de los Romanos

DESDE LOS TIEMPOS MÁS REMOTOS HASTA LA INVASIÓN DE LOS BÁRBAROS

OBRA ESCRITA POR **VÍCTOR DURUY**

INDIVIDUO DEL INSTITUTO DE FRANCIA Y EXMINISTRO DE INSTRUCCIÓN PÚBLICA

TRADUCIDA DE LA ÚLTIMA EDICIÓN POR D. CECILIO NAVARRO

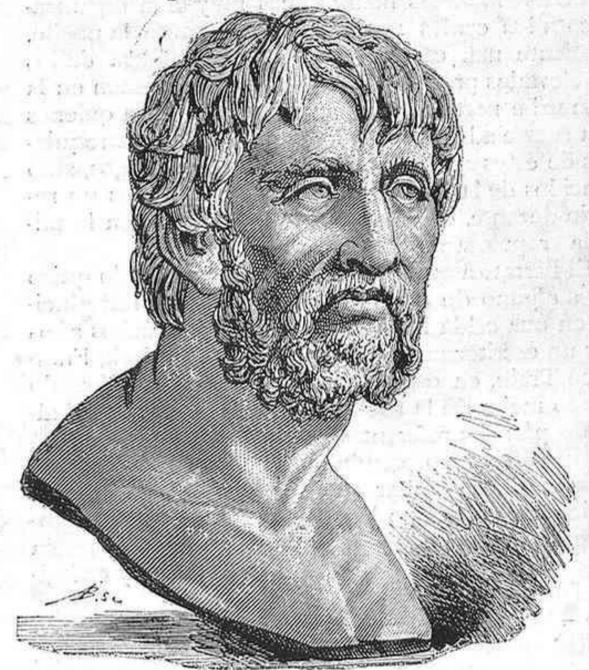
EDICIÓN PROFUSAMENTE ILUSTRADA

No ha existido pueblo alguno en el mundo tan grande como el antiguo pueblo romano; grande en sus instituciones, en sus empresas, en sus hombres, en sus virtudes y hasta en sus vicios. Al lado de Roma todo es pequeño, raquítico, mezquino. Sus armas dominan el mundo conocido; sus legisladores dictan códigos que prevalecen aún en las naciones modernas más cultas; sus poetas cantan en dulces o en épicos versos que a todos sus sucesores han servido de modelo y que ninguno de ellos ha podido superar; sus artistas dejan tan sembrada de espléndidas manifestaciones la ciudad del Capitolio, que todos los bárbaros reunidos, y aun los mismos siglos, destructores más implacables todavía, no pudieron acabar con ellas. La influencia ejercida por el pueblo romano en los destinos del mundo subsiste a través del tiempo; el conocimiento de su historia es tan interesante hoy por hoy, como el día que tuvieron lugar los hechos en ella narrados.

Varios han sido los autores, muy respetables algunos de ellos, que han medido sus fuerzas escribiendo bien la historia general de ese pueblo, bien alguno de sus períodos más importantes. Ninguno, empero, pudo satisfacer las exigencias de la crítica, hasta que Víctor Duruy ha realizado la ardua empresa a que tituló HISTORIA DE LOS ROMANOS.

Una obra de tan excepcional mérito merecía una edición digna de ella y creemos haberlo conseguido pues en el ramo de ilustraciones, tan esencial en publicaciones de esta índole para facilitar la inteligencia del texto, se publican verdaderas novedades copiadas de los principales museos de Europa.

Dos tomos en cuarto ricamente encuadernados, 34 pesetas.



SÉNECA, bronce existente en el Museo de Nápoles

PATE ÉPILATOIRE DUSSEY

destruye hasta las **RAICES** el **VELLO** del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningún peligro para el cutis. **50 Años de Exito**, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empleese el **FILIVORE, DUSSEY**, 1, rue J.-J.-Rousseau, París.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN